

FRANCISCO MORALES

Rosarito Blues

FRANCISCO
MORALES
2015


LA RUMOROSA
AUTORES DE BAJA CALIFORNIA
COLECCIÓN LITERARIA

Gobierno del Estado de Baja California

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura

Magdalena Jiménez Molina
*Coordinadora General de Educación Artística y Fomento
a la Lectura*

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Rosarito Blues
Francisco Morales

Derechos reservados.
Copyright©2020

Coordinación editorial
Melissa Sánchez Castillo
Silvia García Aguilar
Primera edición: mayo 2020
Malva Estudio gráfico y editorial
Tijuana B.C., México
info.malvomag@gmail.com
Tel (664) 110-51-15

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial,
de esta publicación, sin permiso previo y por escrito del titular del
Copyright.

Impreso en México/ Printed in Mexico

PARQUE HIDALGO

Francisco Morales

“...Siempre hubo este clamor, siempre hubo
este furor...”

“...Y he aquí que se levanta un más vasto rumor
por el mundo, como una insurrección del alma...”

Exilio (1944)
Saint John Perse

a mi hermana Ana

1

Salgo a lo más estrecho de la tarde iguana;
los caminos,
las calladas veredas, se alejan a su modo,
bifurcándose.

Del estrato más cándido del aire
de la tarde iguana,
a la inocente conversación con las nubes
y su esqueleto que desgaja esperanzas.

De la tarde iguana
y sus recursos elementales,
salgo,
al reducto de los silencios y onomatopeyas
que sólo dicen todo...
de ti.

2

Es la hora del café.
“Las seis de la tarde”,
 dicen las campanas.

El músico concede canciones tristes
a los comensales de la mesa vecina,
y los cuervos aún no regresan
al frondoso pino
que los acoge noche a noche.

Y es el parque central,
como un centro del universo,
como la cloaca
del pueblo rutinario que habito.

Las seis,
 hora del café, el mío,
más la distancia,
cómodamente instalada entre los dos.
De un centímetro o mil kilómetros.
¡Instalada!

3

Es un lugar de sombras a medias,
de puertas y ventanas discretas,
silencios y rumores amables.

Llegas ahí,
y la modorra
huye hacia otros lugares:
la inquietud,
que deja el café caliente,
ocupa su lugar.

Las toscas hachas de las horas,
detienen un instante su implacable labor:
vienen los segundos callados,
la ceremonia en que la tarde
se dilata y estanca...
hora de sombras a medias,
de puertas y ventanas discretas,
silencios y rumores amables.

También sobre esqueletos de hojas
de fresno se ha ido yendo la tarde.

Una a una han llegado
a ocupar su lugar
las sombras de árboles,
palmeras
y paredes.

El verano cayó en estos lugares
cuando le dio la gana,
cuando el misterio de su bienvenida
había tornado al silencio
del primer nacimiento...
Y aún.

Hemos venido soslayando el canto,
la risa y
las caricias:
todo se ha vuelto un clamor,
que nos dejan,
sin duda,
las mil generaciones idas...

*¿Quién, bajo este signo de silencio,
implora, inerme, mi llegada?*

Dulce la hora, calurosa.
Las horas, ajetreadas,
en el cuerpo de la tarde se establecen,
y en acción de paz.
También en acto de alivio, de observación.

*¿Quién, bajo este signo de tristeza,
implora, inerme, mi llegada?*

Sola, la tarde calurosa,
y los árboles y palmeras, sedientos,
en el ancho establecimiento de la quietud.
Es el reino de la resolana,
¡el absurdo, absurdo reino de la resolana!

*¿Quién, bajo este signo de abandono,
implora, inerme, mi llegada?*

Quieta,
 dulce y sola,
la tarde calurosa,
enredada al momento,
con su cielo y sus nubes,
con fresnos, palmeras,
matorrales y hierbas, sedientos,
en la hora del absurdo reino
de la resolana,
 ¡de la resolana!

¿Quién, bajo este signo de añoranza...?

6

Sombras en la olorosa prisa
de la tarde:
donde los caminos se bifurcan,
cuando el corazón se hunde.

Sombras,
y la distancia que se acerca:
en vaivenes de recuerdos,
en oleadas de añoranzas azules.

Sombras:
 el olvido es su contorno;
cunden alegrías y miedos,
 paralelos.

La noche,
 febril,
 espera,
 con lámparas
y arrepentimientos más pesados
que un costal de cemento...

7

Van mis palabras hacia ti,
ahora.

Pero de soslayo;
sesgadas;
en un asomo apenas sutil,
y en caravana.

Hanse los tiempos cambiado;
la atenta demolición de minutos,
más intensa,
castiga:
ansia es el sombrero que me cubre.

La ronda de la tarde
exhala la grata somnolencia:
el enredo de mentiras y fábulas,
la canción errante que se repite y repite
hasta enmarañarse
y enmarañarnos...

Van,
hacia ti,
palabras y silencios,
en la imbricación de túneles y remolinos,
resentimientos sin deslinde.

Mis ternuras,
también:
sesgadas;
de soslayo;
en un asomo apenas sutil,
en caravana.

Y atacan los resentimientos,
aunque la hora,
fraterna,
se deshaga en fulgores,
pequeños ruidos.

Ha ido floreciendo
la impaciencia:
los hotelitos de paso,
caravanas de mercachifles,
acomodadores de carros,
y sombras mal compuestas,
lo afirman.

Son los resentimientos.

Sigue llegando el tiempo
de los mundos enfrentados:
con sus razas y flechas,
con sus lenguas y sexos,
con sus dioses y bombas
dispersando el átomo.

Los resentimientos,
vueltos a la vida
con la leña diaria:
“no te me olvides, rabia;”
“no me abandones, odio”.

Como llegas a mí
algunas tardes,
como me haces saber,
insolidario corazón de azúcar.

En su silla.

9

Cada quien en su silla.

Cada uno para el gusto de lo que se vea,
se diga, vaya a pasar.

Estarán ahí los recién embalsamados,
y los del antes del antes.

El original ancestro,
asombrado ante lo tan lejano que vendría
y ya se va

*(envuelto en papel, madera,
lámina longitudinal;
en el aire de los asbestos y los cobres)...*

En el lugar apropiado.

Toda dispuesta hasta para las grandes soberanías
y majestades; frente a los pequeños munícipes engrandecidos
con sus normales injusticias y arrobos.

Cada quién.

En la silla debida.

También la niña,
que ya comió frijoles
y ahora quiere lentejas;
y exige:
“lentejasss...”

¡Pero no hay!

¡No hay...!

10

En mí,
la tarde perdonada,
hace ecos,
sombras,
la menos agresiva tiricia.

Se hace en mí la tarde,
el gusto de su ser.

No hay otra esfera para repartir
noticias o recuerdos;
el alma,
desordenada,
a pausas dolorosas continúa.

Buena,
para repartir mieles y risas;
un palpito:
al aire y sus vecinos
el c.l.a.m.o.r...

11

Como el lobo,
en el plano, violento cautiverio,
no halla la buscada ternura...

Como el lobo,
en el plazo laxo de la hora;
con la cadena, el lazo,
laso,
no halla la buscada ternura...

Como el lobo en el verano sangriento
—intensos rayos de candente alizarín—;
la sogá al cuello;
la soledad,
esas rejas,
no halla la buscada ternura...

Arroja el cancionero
sus coplas a la niña,
en el momento de la brisa,
al tiempo de los aires libres.

Su guitarra,
bien trasteada,
emite un cariño sustancioso,
y en los fresnos y pinos queda:
en las bancas y escalones permanece,
hamacándose,
soslayando la existencia del dolor,
de lo intranquilo.

13

Las nubes son ahora barcos hacia el sur.

En tal momento las vemos:
vagas,
en el desliz,
algo abajo del cielo.

Un escaso azul se hace lugar
entre el gris y el naranja desvaído.

Las frondas de los árboles
se atraviesan un poco,
y los postes;
más allá,
blancas,
aceitunadas,
las paredes.

Barcos al sur,
las nubes,
y el rostro de vela y arrebol,
imaginado

—*¿acaso te compró mamá
párpados y ojos en Woolworth?*—
ocupa su lugar
en el horizonte vespertino del mar interno.

Estaba la casamata.

14

En el rincón, las cinerarias
*(...como esas grandes nubes de tierra,
polvo enardecido,
fueron las sombras de mi derrota y mi desilusión;*

*trasmañanaban los vientos desde los eucaliptos, endeble hasta
para el susurro:
lánguidos, soplaban, tras el miedo y la sed,
nuestra única riqueza)...*

Estaba la casamata;
enseguida, las cinerarias
y las bancas del ensueño
*(...como esas aves negras, las cornejas,
casi cuervos pequeños,
fueron los nichos de mi año esquivo,
mis ansias y adelgazamientos;*

*enjalbegadas, las paredes repetían
el eco de los alucinados;
la misma historia de los que allí
habían vivido, caído)...*

Estaba la casamata.

Anejos,
las cinerarias y los bancos del ensueño.

Como asunto de complementación,
un delirio de rosales amarillos...

Iba en el espacio delicado,
 en el espacio dedicado a pensar en ti.

Allí,
 las sombrillas rojas;
 a un lado,
 las sombrillas rojas;
 y en las distintas partes,
 también las sombrillas rojas.

Entre los cuatro,
 cinco pasos,
 la distancia formal con el fresno.

A la altura inminente
 de los precipicios necesarios, iba:
 en el espacio dedicado,
 delicado.

Donde aún he de pensar en ti,
 ya no sé:
 inconsecuente, desvirtuado, iluso...

Allí:
 para que los cuervos me vean,
 el farol lo sienta,
 los amigos lo acepten.

Donde ya no estás.
 Bajo la sombrilla.

En una silla roja,
 del café,
 estoy

*“Llego a la uña, al doble filo de su suerte.
Es su lugar en el dedo cordial,
en mi corazón no hay sombras:
otro tiempo sería lo extraño...”*
dice el hombre olvidado.

Ha acabado,
la tarde,
de agradecer al viento su estancia:
pájaros y mariposas,
ausentes.

Las hojas, amarillas,
humildes se asoman
a los cercos de las calles deshilvanadas.

El otoño en su suerte.
La vida, en el traspatio,
apostando a sí misma;
algunos de nosotros a la usura.

Salto de mi árbol,
acudo al candor de las rodillas;
tanto será el amor, nunca el olvido...

*“Llego a la uña, de mi dedo cordial;
a los recuerdos que se avivan y crecen,
a los besos largos que, un ayer,
fueron la dicha con su luna...”*
sigue diciendo,
el hombre dejado.

Trazas de lluvia en la tarde.

Y el verano,
a tientas:
en sus primeros actos desdoblados.

Gotas,
desde las nubes inesperadas:
la llovizna lleva una suerte de estupor
a las más ingenuas zonas del recuerdo:
busca otras congojas, olvidados calores y exaltaciones:
la ternura,
tan olvidada en estos andurriales
sin el sueño original cumplido.

Gotas,
desde las nubes impuntuales
de este agosto mal forjado,
ávido de rencores y resentimientos,
de nimiedades agrandadas
hasta lo más enorme del acaloramiento.

Gotas,
para mojarle un poco el ansia
a esta melancolía pegajosa.

Dice el acordeón la polka
de los muy viejos ayeres;
el ritmo apetecido
en el centro y los alrededores
de un pasado tan vuelto pasado.

El músico, fácilmente,
mueve los dedos con la parsimonia
de un harto,
 un enfadado,
 un músico normal...
como en cualquier esquina de mi país del norte.

Y así,
 el corazón hacia otros rumbos viaja;
acordado a la tarde y su monotonía,
a la melodía melancólica:
con sólo oírla,
entrever el colorido de su mensaje.

Tur tur,

dice el palomo a la paloma,
al medio de la tarde de abril:
pronto han de ser las seis.

En su escondite,
el amor tararea un silencio evocador:
entona una suave risa de añoranza,
cantos de su corazón transido.

A mi lado,
“soy mi dinero y hasta ahí me quieren...”,
dice un hombre; ríspido, desde su voz;
moreno, desde los mostachos
y el corazón-alharaca de su alegría
difícilmente ganada.

Largo, un tañido:
la campana comunica puntual alegría
a paseantes y curiosos,
en la noche que apenas inicia su caminata
de sombras, susurros y silencios.

Tur tur,

—con la más cáustica monotonía—,
dice y dice el palomo.
La paloma picotea entre las hojas.

El amor tararea un silencio evocador;
entona una suave risa de añoranza...
cantos de su corazón transido.

Yo la miro,
de lejos.

Es el otoño
y las desmedidas
provocaciones del recuerdo.

Anuncia la tarde su afán de partir.

La hora grata,
pero breve,
prepara las mil argucias
para embaucarnos
con el aire pardo de las seis.

Graba,
la mirada,
en el rosado del crepúsculo,
un rostro; una silueta,
¿de jade...?

Se deslinda,
entre hojas secas
y rachas de viento,
inesperados remolinos de polvo.

Se irán los hombres...

El de la gorra rojiblanca,
el del eterno cigarro,
el de las botas cafés y sucias,
el que ha vendido camotes
todo este día de julio;
el viejo, que es abrazado y besado,
amorosamente, por la muchacha;
el que luce reloj con adornos dorados,
el que casi vació su botella clandestina,
el del sombrero negro,
el que da diez vueltas alrededor del parque,
el que acaricia su guitarra,
el que bebe sin invitar a sus compañeros,
el que ha estornudado varias veces,
el que parece que piensa en cosas tristes,
el del pantalón corto,
el de camisa gris,
el que pasea un acordeón,
los dos jóvenes que limpian calzado...

Trae sombrero blanco de palma,
sucio

(cae hacia el lado empobrecido
 de las cejas,
 acercándose a la mejilla).

Y pasa un poco el cansancio
 a la guitarra que le acompaña,
 en la canción mexicana,
 de abandono o lejanía,
triste:
el hombre.

Van y vienen sus manos
 —acarician la estructura de madera
 según el ritmo y ordenamiento del bolero—.

Adolorida la voz, sólo afirma:
*“...estoy aquí, amigos;
 las ostentaciones de la vida, su indefinición,
 nos conciernen,
 mas la tarde se va...”*

El cansancio, a la guitarra,
 pasa, quizás, el hombre.
 La tarde ni gestos ni muecas hace:
 tiembla un poco,
enternecida;
 y aunque el desamor conmueve,
 el estío no se inmuta.

Tres mujeres, en el paso veloz
del silencio:
turba en la calle el hambre;
y la sed,
 su compañera,
sólo hace el papel que le dejan:
hanse caído todos los sueños,
las más elaboradas bendiciones.

Tres mujeres para el ofertorio cotidiano:
las sombras se alargan
y alargan
hasta ser una línea
en el arte de la desventura.

Tres mujeres,
en un lugar en que el minuto,
disfrazado,
duerme entre mis patios difusos.

Las vidas que no vivieron.

Y los mundos huyendo,
atrayéndoles.

Tardes largas:

plenas de cierzo, en el arrojito de los fríos;

terribles,
en las canículas de agosto:

alimentadas por los incendios
de los promontorios y lomeríos
que rodean la ciudad;

ardientes,
de amor y ternura;

en los andamiajes
que podían armar las costas bravas,
los muelles a veces tan modernos.

“Las vidas
que ahora tampoco vivirían”,
pensó.

Cagny, cagny, dice el gringo,
vapuleando el aire con sus palabras sin hueso;

mas la mixtura extraña de olores
de las sillas y mesas y el angosto callejón,
ignoran la solemnidad de su extranjería.

La tarde luce con fresnos y pinos,
trinos y vuelos de aves,
gritos de niños, cuervos, cerveza y café,
bajo las sombrillas rojas.

El gringo —*cagny, cagny*—,
ha estado afuera,
en la mesa blanca del café vecino,
ya no recuerdo desde cuándo,
reviviendo, ante sus invitados,
mundos y aventuras desde el pendular inquieto
de su memoria y sangre,
tan leales,
tan rendidas.

Cagny, cagny,
pero es la hora del café,
el mío;
la ceremonia del bebedizo que propicia
un desfile de palabras hacia los universos
que me exilian,
¡hola tarde!

El gringo, esta vez me observa,
pero muchas me ignora; no sabe que,
un día de éstos, bien podría atraparlo
en las líneas de un poema.

Articulado,
 el grito del saxofón;
el buen llamado del músico callejero.

Ni menospreciadas ni elegidas
otras aseveraciones del sonido,
lo gutural o lo ladino:
articulado,
 en la tarde recién llovida.

Los destellos del alma suelen avanzar
hacia el lado benévolo del aire;
del pulmón requerido,
al mismo centro y corazón
del humano más tierno o agresivo.

Los acordes del tiempo se acomodan a pausas.
Y el alma, bien venida,
 sabe entregar
tan sólo a los suspiros y su ascendencia.

Articulada,
 la voz del saxofón.

El músico,
 en la calle,
 haciendo su llamado.

Hinchado en su ternura.

Como
 centellas al cruzar
 parques,
 avenidas,
 las descascaradas veredas
 hambrientas de primavera y agua,
 ¡ah tantas sequías implacables!

Como
 una espera en la estación del tren,
 durante horas y ansias numeradas,
 medidas;
 oh las falenas llegando al fuego,
 que atrae:
 cuántas bestias
 en la antelación de la matanza y su ironía.

Como
 el ubicuo fanal del pensamiento

*(...una yeguada,
 acercándose lenta, espasmódica,
 al arroyo,
 sobreviviente en sus hilos de plata)...*

Ha perdido el sentido,
la claridad de las cosas,
de la vida,
el hombre:
toca sin ton ni son la guitarra.

Lleva la tortura a las cuerdas
y a los oídos de la gente;
risas y carcajadas también
(de todos modos,
el café me trae tu recuerdo de agosto:
lo asocia la hora de la tarde)...

Cual todos nosotros,
tras la inevitable ruta de la selva:
escupitajos, golpes,
zahirientes bromas,
rechazos;
la guitarra en su suerte
de víctima o compañía

Así es:
el hombre joven,
desajustado y conmovido.
Ya perdido el sentido,
la claridad de las cosas,
de la vida...

En qué parte de la vida
recibieron las primeras fichas,
esos hombres
(nube de cuerpos
con sombrero y zapatos descuidados),
más que jóvenes, viejos,
chanceando alrededor de la banca sur
del parquecito central.

En qué sitio de ambiguas horas,
situaciones diversas,
midieron, sus yemas y falanges,
la falaz geometría de las piezas
de plástico o madera.

Esos hombres:
niños en el armado-desarmado
del ajedrez cotidiano.

Y en la hora del café,
precisa,
las mujeres nombradas:
la que dobla y dobla rebozos y los guarda;
la que observa, desolada, la tarde;
la que ha vuelto, cansada, de la fábrica;
la alegre, en su meditación;
la triste, y su ternura al hablar;
la que evita mirarme;
la que espera entre sus tonos menores;
la que no ha conocido el ensueño, dice;
la que me ha soñado y se desprecia por ello;
la que me habla al corazón desde la mirada;
la que hurga en el recuerdo y suspira;
la que ha envejecido en silencios;
la que ríe y ríe mientras habla a las nubes;
la que envuelve en su tiricia...

Una línea recta,
azul,
el pensamiento.

Sin la tristeza
que sus coloraciones acostumbran
en la fecha de este día:
consumiéndose van los azahares,
en los senderos,
ante la celebración que los minutos
y sus vientos hacen.

Línea recta,
el pensamiento:
desde los puedo-ya no puedo llegar a ti
*(...y cuánto se aturde la caballada;
las mostrencas bestias, todas,
en el valle de la rutina...)*
este lunes,
harto de miradas vacías.

Dice la oración postrera,
la mujer,
 en su sitio de viernes.
Atendamos, solemnes, en su asunto.

Otra veneración así no habrá;
se sabe y se ha dicho;
vibran los pífanos
tras las simbologías de los mensajes.

Siembra su agosto el cadáver del apocalipsis:
entre la sombra de encinos y palmeras;
a un lado,
 el nuberío,
transcurre lento en su desolación...

Dice la oración postrera,
la mujer,
en su sitio de viernes,
hoy, que es casi jueves.

Pasa el habla incoherente de la mujer
—la vista,
desviada—.

Sus lucubraciones en el caos armadas.

Dice.
De lejos vienen sus palabras.

La brisa vespertina,
sin embargo,
no halla un pero a la charla dislocada.

La deja ir,
hacer,
pasear
por las aceras del callejón hastiado,
en el acerbo frío de enero.

Luego se resolverá la situación de
 en
 me
 dio.

Se han dicho los nutridos argumentos,
 la más apreciada de las injusticias,
 con las palabras debidas,
 por supuesto,
 y han surgido aquí los elementos más apropiados
 para la instalación de su dicha.

El farol, en su sitio;
 la cordura, en su mañana;
 los misterios,
 en la correspondiente cajita
 de los imposibles...

Así que, ya veremos,
 luego,
 cómo resolver la situación de
 en-me-dio;
 y todo lo ha de marcar el reloj,
 aunque la araña y su pátina,
 como siempre,
 se definan en contra.

Que la luna se acomode
en la inútil pausa de minutos y segundos:
es la hora de la cisterna,
de la guarda de los hierros.

Hablan de otras esquinas
los seres de la vida triste;
cierra el halcón la puerta de su hastío
y abre la de su sed.

Este cazador quiere,
plantado en el azoro de la vida ciega.

Ruega,
que la luna solidaria se instale,
también,
en la pausa obrera de minutos y segundos;

que los cielos le guarden,
tú le nombres “vida”,
y llegue su querencia
a lo que en sueños alguna noche el viento dijo...

Que la luna se acomode
en la eterna pausa
de minutos y segundos,
pedimos,
algunos de nosotros,
desde una parte oscura
de la soledad terca,
tan vana.

¡Cuánto ríe el hombre en su cabal mentira!

Un cuervo burla,
 desde su pico,
 en lo más alto del fresno;
 pero él,
 intenso,
 saca el hambre
 de lo hondo de sus pupilas amarillas,
 y la convierte en risa,
 en el dispendio de la dicha,
 cual si fuera el carnaval en este mes de junio.

¡Cuánto ríe la mentira
 en el centro de su hombre cabal!

Ha tergiversado
 lo solemne de la miseria normal,
 exuberante,
 circulando en nuestras calles,
 y la ha vuelto sonrisas,
 carcajadas...

Y el hombre poderoso,
 ese hombre pobrecito,
 cuánto ríe:
 tal un zar ante el abismo de su miedo.

El espaldar del cielo,
 a la hora del fuego y el llanto
 (la ofrecida ternura aguarda un ensueño
 para arro
 jar
 se
 al mar).

El astuto junco,
 en el arroyo.
 A un lado,
 la vértebra de piedra
 (pasa,
 saltimbanqui,
 el agua,
 tras sus pasos primeros,
 que ya c
 a
 e
 n
 al mar).

El espaldar y el nuberío,
 muy lejos del clamor,
 pero tan cerca,
 que hasta los ayes pasan,
 y los llantos.

La resolana, en su culmen,
 también dispuesta
 a echarse al mar, ¡oh
 dis
 pues
 ta!

Días después,
 junto al aire de los aires,
 declinaron el nombre de los nombres...
 y el amor, pausado, sólo dijo:
 “En quién sabe qué lado, de qué parte:
 ¡estoy!”

Días después, si los demás,
 ay tan pequeños,
 seguían en las guerras de gigantes,
 ellos, absortos,
 en el colmo de la ceremonia,
 decidieron
 declinar el nombre de los nombres,
 y el amor, pausado,
 sólo dijo:
 “En no entiendo qué sombra, cuál cobijo:
 ¡estoy!”

Luego, cuando los hombres,
 armados de huracanes,
 y las mujeres, enfermas de su rabia,
 defendían las propuestas violentas de su estirpe,
 ellos,
 asumiendo la nostalgia de las hambres cautivas,
 dijeron:
 —declinemos el nombre de los nombres...
 y el amor,
 pausado,
 sólo dijo:
 “Justo en el centro de él, en el centro de ella: ¡estoy!”

Bordea la abeja la taza de café:
 donde han estado los labios
 añorando
 los labios.

Aturdida
 o entregada al desenfreno de sus ansias,
 persiste,
 segundos o minutos,
 en entender la componenda
 del oscuro bebedizo
 con la boca del cuenco.

Luego,
 tras una suerte de olisqueo,
 fatal,
 se arroja al abismo de la tarde,
 perdiéndose entre las sombras del follaje
 y los deslices del aire.

Abeja,
(run run callado, mi pensamiento azul,
 ¿saeta?)
 navegando hacia el misterio de sus lejanías.

Una expresión corporal,
 con la exhibición
 del ensueño que la mueve:
 hierática, la figura del hombre,
 encaramado en la maceta:
 gorra azul, pantalón verde
*(¿cuál ha sido tu asombro,
 ante el mezquital, la palmera...?);
 el asomo de vida desde los ojos oscuros;
 la sonrisa y la ironía en la boca desdentada
 (¿ante el granado,
 el membrillo?—*

Desolados, los cuatro músicos dicen,
 en la bella tarde,

casi apagada:
 “...volaron los pavorreales
 rumbo a la Sierra Mojada,
 mataron a Lucio Vásquez”.

Y las nubes, negras,
 amenazan con la tormenta prometida-prometida,
 de las tardes de “no lloverá”,
 otra vez.

...En la exhibición del ensueño,
 sobre la maceta, encaramado;
 gorra azul, pantalón verde
*(tu asombro,
 avanzando hacia mí,
 desde el aposento de los infantiles años),
 hierática, la figura;
 la expresión corporal, del hombre...*

Luego me iba hacia ti,
pensando,
y tu olvido era menos,
marginal,
algo sin fuerza.

Los vientos todos,
y sus nubes,
trasladaban hacia el oeste
lo friolento del invierno,
sus aceros con hielo desvelado,
el inocente juego de su guerra de nieve.

Inmerso en mi ternura,
pues la soñada se escondía,
yo me iba hacia ti,
buscando la respuesta de las horas,
hueras,
por tu ausencia,
y el olvido era menos,
marginal...
algo sin fuerza.

Alzó la copa y dijo,
exaltado:
42 “*Va mi melancolía al viento...*”
pero se interrumpió. Pardeaba la tarde;
la sombra de las hojas del fresno,
inquieta se paseaba sobre las mesas blancas.

Un viernes.

Nadie pareció oírle.
Mis ojos reconocían, lentos,
las figuras de las manchas en las paredes
del restorán,
las hileras de clavos en las vigas,
la caprichosa ondulación de las cortinas,
descoloridas por los años y el sol.

Nada nos trasladaba, allí,
al universo de la risa y la felicidad:
muecas secas, cansadas,
desgastaban los rostros;
éramos, los demás, el complemento perfecto
a la tristeza del hombre.

Intenté un comentario, y aunque a un lado de mí,
ibas lejos, tan lejos, cada vez más ajena:
en la extrañeza de tu mundo,
en tus sueños, y sólo te miré a los ojos.

*“Vaya al viento mi melancolía,
para que al menos él no me olvide...”*
insistió el parroquiano; y, otra vez,
como tanto sucede,
nadie le contestó.

El momento ha cifrado
su escala de sonidos
las hileras de poster,
los mil tonos de verdes,
la neurosis de albañiles y peones,
el arrumaco hastiado de los cuervos.

El momento:
de las nubecitas grises, allá lejos;
de los pasos
(piensan las mujeres en su fecha esperada);
de los ojos que alelados, miran, titubean.

La increíble veleidad de las nubes
ha cifrado.

Las aún tolerables andanadas
de moscos y ruidos
en la hora tan harta de espasmos y suspiros
—¿dónde estarás!—

La intensidad del recuerdo a la hora de atravesar
el desierto y los mares que separan...

Otro agosto y su hiel es presente en la escena.

...Tu exilio habrá de ser
bajo la esfera del día,
bajo las cuencas de la noche;

el mío será el trastorno,
a la orilla del parque central.

...Tu exilio habrá de ser hacia el aire,
hacia la nube blanca;

el mío será el silencio,
al cobijo del parque central.

...Tu exilio habrá de ser
contra el miedo de las sombras,
contra el ansia de los vientos;

el mío,
ausente corazón,
sólo será el olvido,
ante el asombro del parque central...

45 Con la antorcha,
con las más vivas suplantaciones del poder,
el pueblo a un lado,
los vimos llegar:
ambulando,
sediciosos,
enajenados.

Sombra el desquiciamiento de los aires;
los vientres y sus fuelles,
derramando ónix y casuarinas,
bibelots y candados.

Sombra, las nubes y su vestido sempiterno
—algodón, seda, muselina,
alguna de sus semejanzas—...

Con la antorcha apenas alzada,
envuelta en cosmovisiones depauperadas
(en calidad, hidalguía, ensueño)...

La pura miseria...

El eterno engranaje de lo que no sirve,
no podría llevar jamás al cielo,
cualquiera de los que nos han prometido...

Así llegan:
ambulando,
sediciosos,
enajenados.

El vaso,
 con agua;
 esperando el soponcio,
 la fiebre, el sufrir del sediento.

Boquiabierto,
 para ofrecer el precioso líquido.

Armoniosas, las horas le han de sitiar,
 ingenuas, implacables:
 así la distancia que le separa de las bocas
 será menos larga.

Armoniosas,
 las horas le esperan,
 desgranándose en minutos y segundos...
 en terceros.

El vaso y el líquido cristalino.

La realidad de los cuerpos
 en un horizonte lato,
 lato
 muy lato,
 ¿se comprende?

La misma queja,
tras la consagración de la tarde.

En los cúmulos de flores;
en los abanicamientos desde la usura del amor;
en las esquinas, tan apropiadas para el despojo.

La misma queja,
y el viento sin ocurrir,
para el alivio.

Desorbitados, los rumores y el pensamiento;
hechos sangre,
los miedos y el desconsuelo.

Siempre instalada:
a pesar de las contraventanas,
del inquieto pesar del insomnio,
del verano que dichoso transcurre.

Y han de seguir,
los clamores;
su ansia,
persiguiendo...

Desde el búnker,
el hombre-fiera ni discurre ni olvida:

Es tan fiel en su resentimiento;
tan ingrato en sus hachas y tumbas;
en sus fuegos cundidos.

La sensualidad sin apenas un dar,
decir,
hacer.

El arribo definido a una manera de pasar
(cáusticas,
las horas,
tras el envoltorio de lo que se rompe,
se quema,
perece).

La permanencia,
útil o no,
en un lugar
que ya habremos mencionado alguna vez.

Los cuatro, cinco movimientos diciendo añoro,
errancia, calle, vacuidad.

Una forma en la permanencia eterna o tan fugaz.

La sensualidad,
sin apenas un dar,
decir,
hacer...

Los pies en su planta con el suelo
—a un lado de las hormigas;
las hojas, secas, lastimadas;
los pequeños bordes de tierra,
circundando la escena—.

Las extremidades dispuestas:
 el ataque es ya:
 contra el león;
 contra la cadena de serpientes;
 contra la fuerza de la ola,
 desenroscándose;
 contra el mismo espíritu interior
 (el enemigo, o casi):
 enfrente;
 justo.

56

Cuando te informen de qué se estuvo,
aunque las intermitencias
del frío y el calor,
del miedo y la alegría,
de la tarde y la noche
osen interrumpir...

Cuando te digan de qué se huye,
a pesar de las resurrecciones del hambre,
de los síes y los noes,
de las promesas y mentiras
en nuestra cotidiana prisa...

Cuando me cruce con el atardecer,
entre el doblar de las campanas tristes:

huyendo a las angustias,
ausente de la ansiedad de tus ojos,
oh tus párpados de jade,
entonces...

Vea:

el caracol, pintado;
y la pared en la medida.
El abanico sin un pedazo de virtud;
el mosquitero, a un lado de su ventana;
el pitido del tren y el humo del cigarro
del hombre que pasa, optimista.

En el aire, la agresiva música nortea
y el frío-saeta de noviembre;
los fresnos, enseñando el costillar;
el pino, en la espera de sus cuervos;
los jugadores de damas en el óxido de
sus laberintos.

Ha sido, además,
la conflagración y tanto encono;
los aturcidos tiempos de la ciudadanía no sepulta
(y traicionada);
el cuento, y el personaje que ya olvido.

Se incluye una ristra de cosas
en el elemental ensamblaje;
más el resentimiento por el desamor,
la ira normal y la intrínseca desmesura
del monólogo insostenible, allá arriba:
abajonoshacemosbolascómo podemos...

Y tanta desilusión, vea,
para incorporarnos sin dudas al clamor,
pues seguimos el asunto de la estirpe.

El clamor, como un fuego que nos une;
como una resistencia.

Es un clamor, y los niños no despiertan:
aún cuentan, dormidos,
de la desolación que les rodea;
el espasmo de un grandísimo dolor;
continuado desde sus raíces hasta sus copas,
plenas de ayes y sollozos.

Un clamor, que ha desvaído el rojo de la campiña:
tal desierto norteño
—en sus arenas y aconteceres aflado—.

Y los niños aún duermen:
llegan al escondrijo del penar
en las maneras más directas.

Un clamor, por los niños.
Alto en su investidura.
Profundo hasta más no caer,
disolverse en las mil partes del ansia.

Amplio en la hondura, sentimiento del aire.
De los cuerpos y almas abiertos a la pena;
en la encrucijada de la paz y la guerra.

¡Por todo! ¡Tanta cosa!
¡Por los niños también, el clamor!
¡Que aún duermen!

¡En la desolación que rodea, el clamor!

¡Ante el espasmo de un dolor universal;
grandísimo dolor:
continuado desde sus raíces y copas,

plenas de ayes y sollozos!

Acaso una serie de dolores,
o siete nubes negras;
o el suspiro que dejó El Tata
en derredor de las paredes,
ácidas de mar y helechos.

Una infrecuente escapatoria del hambre;
alguna fuente,
seca de agua y grama;
los nortes y sures de los vientos
que nos persiguen.

El maremágnum,
la veleta y la urbe
más cercana de hormigas.

Quienes aún enfrentan los ocasos,
las ventanas de los ensueños,
el abrir y cerrar de los infiernos
construidos a fuerza de vivir.

Los que nunca han aprehendido
la risa y su gloria.
Los dueños del olvido más significativo.
Las penas que desdoran y aniquilan.
Los aposentamientos de la rutina
y su exuberancia implícita.

Acaso el clamor.
¡Un clamor
que hubiera
podido
construirmos...!

Excelente es la tarde,
aunque ha dominado el terrible calor
en las pesadumbres del alma.

Las palomas,
 en su agua y olor,
dan a los aires el atrevimiento de las alas,
el desafío del pudor y la humildad.

Excelente, el oído,
en las manifestaciones de su oficio:
para el registro de lo suave
 y lo horrísono;
ante el clamor, que no se ha ido:
aun en las excrecencias de la tarde exquisita,
aparece entero,
 constante.

¡El clamor!
 ¡Nuestro!
 ¡Desvalido!

"Imagine, all, that before..."

dice el cantor, en la plaza
(la guitarra al aire, olisqueando).

Alude al clamor;
habla de nosotros;
dice en su canción lo nuestro;
de lo nuestro apropiado, tomado,
expropiado a los tenaces días,
que todo lo embellecen,
cambian,
destruyen.

"Imagine all, that before..."

y la lejanía, ubicua,
destacándose
en lo hondo del recuerdo,
en lo más terco del julio ido,
ido,
tan ido.

Los ojos,
clavados en un punto;
tal la fijeza,
 que no advierten
el navegar de las hormigas:
en maquinal transcurrencia;
su establecimiento de usufructos
en las cercanías menos defendidas...

La mirada,
 atada a un punto fijo;
más allá de la pared,
 las calles;
del clamor;
 de las enrojecidas nubes,
en la tarde particular de otro julio
sin las respuestas definitivas
sobre el misterio de la vida...

Los ojos,
clavados en lo rotundo,
lo lejano de otros ojos...

Su fijeza,
 que no advierte
el constante navegar de hormigas,
circunscribiendo un hábito,
 una misma ruta,
las mil huellas sometidas al eterno ritmo...

57

El asalto inesperado de una rabia.

Almacenada a lo largo y ancho
de meses o milenios.

Manifestada en escurrimientos de sudores,
tics,

gritos,
negros pensamientos,
hinchidos de una desesperación sin salida.

El desarrollo de una conducta,
por el asalto de la inesperada rabia:
los pies, los glóbulos y el oído
ajustados en la misma frecuencia,
obtusa, abstrusa, desastrada.

El despertar inocuo, pero molesto,
de un sentir;
tal el avasallamiento
de esa rabia dicha,

señalada;
dejando un malestar,
el desdeñado recuerdo,
el deseo y la promesa de que no se repita
en la escena cotidiana...

La inesperada rabia,
un clamor creciente,
en la tarde y su resolana de julio
(acaso llegando a sus finales),
que más pronto que nunca sólo será una huella...
y ya son las cinco.

¿Habrá café, Nana...?

Ese habrá sido, quizás, el problema,
pues nunca tuvimos el subterfugio de la luz...

Han seguido incidiendo las noches
en un cúmulo de ironías y preguntas,
salmos tan repetidos,
y hasta la ansiedad de las sombras
repite los cuestionamientos del alma.

Hechos de nada,
para la nada:
lo mismo han sido el viento y su raer,
el aire y su jadear,
la brisa y los suspiros que la miden.

Hecha de nada, para la nada:
ha ido y venido la oscuridad
entre alternancias de fulgor
y cadencias de relámpagos.

Mas todo habrá traído,
hambre de libertad:
un sentir colectivo:
¡el enardecimiento de un clamor...!

Ese habrá sido finalmente el asunto,
pues nunca tuvimos el subterfugio de la luz.

¡Sobre las arenas, un clamor y un canto...!

Sobre ellas,
el crepitar del fuego,
la ascendida idea del calor en los cuerpos
y los espíritus,
el cansancio de las tardes más insurrectas.

¡Nombre al dolor y al deber;
a los alicaídos hombres del mar,
embrujaos por sargazos y sirenas!

¡Nombre a las rocas y su dolorido ensueño,
podrido entre insensibilidades y grietas!

¡Nombre al miedo...!

Sobre los espinares y chamizos
—bolas secas, amarillas, rodando;
tumble weeds—,
sobre las nubes
y sus vejigas sin agua libre;
más allá de lo inefable y la cordura,
en las arenas,
dejamos la sed y el hambre de Dios,
el succulento azúcar de la dicha,
la honesta sombra de los cactus
tan absurdos de esperarnos.

Sobre las arenas, el clamor y el canto!

Pasada la resolana,
llegaron al osario.

Hombres, mujeres y niños
disfrutaban de la arena;
la playa,
 igual,
disfrutaba de los cuerpos;
el mar, en calma, sólo decía,
“bien venidos”, “bien venidos”:
padre amoroso
ante el rebaño de los inocentes.

Ellos, disfrutaban el instante común:
se tomaban de la mano:
por las eternidades pasadas que no lo hicieron,
por la eternidad que vivían en el extasiado momento,
por las que vendrían.

Tal osario,
 chocando tras la frontera,
lograba la demarcación de cuerpos y granos de arena.

Acompañaban,
 el faro y los riscos,
 los vendedores de alegría
 y la ilusión de la pareja
que festejaba el hallazgo del mutuo encuentro.

Pasada la resolana,
en la cadencia de su ritmo justo,
todos se hallaban ahí,
 hasta la vida misma.

Desde la gran bandera,
 más acá de los nueve fresnos viejos,
 vientos encontrados suelen pasar,
hastiados;
 juntos cruzamos por noviembre,
 en el aullar de las cóleras.

Vientos que viajan,
 desde el sitio natal del susurro licántropo,
 hasta el punto donde se reúne
 la inevitable presencia de todos mis caos.

Vuelve el recuerdo...

Sucede que un día,
 se esfumó, con pausa, la delicia del amor:
 siguiendo el natural ritmo de la risa y la pasión,
 los celos y el llanto,
 la intensa duermevela... las terribles palabras.

Borramos, las divinas mañanas
—un día—,
 sin pensar en el hedor y la dulzura engañosa
 del hambre alrededor;
 en las vaharadas de inquietud de la cebada
 que la sabana arroja;
 ignorando la acuciosa lucha ciega
 de esas fortalezas de aire
 —vientos este, bailadores—
 que atacan sin cesar y en revoltura;
 fantasmas concretos que de las siete fronteras
 llegan,
desde los cinco páramos;
 tan hastiados, secos, y aún preguntan por nosotros;

Como la seca respuesta hace;
 como la prisa cien pasos adelantada;
 como roer al olvido,
 a las dunas del desierto propio,
 al inesperado cielo,
 a la imagen soñada, develada al fin,
 atormenta a la tinta en el viaje por la hoja blanca.

Una mano en la infinita profundidad del papel:
 emboscando la claridad,
 el ansia de la lucidez
 el clamor:

“Volverán los incesantes vientos:
 el simún, el santa ana, el siroco;
 los del este, del norte;
 el cierzo;
 los que llegan del mar a CasaTata;
 de la sierra a CasaNana.

¿Qué haremos con el tiempo,
 entretanto,
 campesinos, obreros, marinos, cocineros,
 mujeres de la baja o alta prosapia,
 jóvenes, niños, estudiantes...
 Bet sabe?

CORREO DEL HOMBRE GRIS

Francisco Morales

*

¿Y si todo no fue más que un par de búhos mal armados
huraños

desde el trazo primero?

(“...revienta la alharaca con la hora plena del aturdimiento.

Van las cejas a su puntual arqueo

*a la cita solemne con el manantial que renace en las pupilas
vivas*

a pesar de los fuegos

del fatuo creer en el fuego del mismísimo fuego

aún con las postrimerías de la tarde

aviesa

anunciada con farol y pompa

con cárdenos fulgores tornándose amarillos...”—)

¿Y si todo no fue más que un par de búhos mal armados
mal

armados?

*

Hoy me ha dado por echar al abrigo altas miradas:
guardadas son cual todo mi esqueleto

— “...*el hueco*

el hundido

hermano de las cañas

los carrizos...”—.

¡Como el espanto del ayer guardadas!

Por esconder también el alma

—que no gasto fatalmente—

bajo el abrigo

hinchado en las raídas bolsas

hurañas faltriqueras.

¡Cómo y ya para qué y cuándo las cadencias

los balbuceos que intenta

el aire estremecido de una ausencia

si las miradas fueron y llenaron el hambre

con sus risas

los vientos perfumaron el cuerpo transparente

con sus exhalaciones y suspiros...!

Hoy me ha dado la fiebre que a las ánimas llega

la fiebre que derruye y el sentido oprime.

*

Ve que te vi bandera
y he de aprender a desolar un grito
buscar un obituario
tramar una encerrona en otro siglo.

Ve que te vi campana
y he de rumiar silencios
escombrar soledades
armar otro esqueleto con mis huesos.

Ve que te sigo rama:
ansiándote por dentro
vaciándote mis ganas
envidiando la suerte de otros vientos.

Ve que te busco duende
y gato
y mascarita.

Ya no sé qué carajos con la risa:
¡si me oíste cantar ya no me acuerdo!

*

Con la carta

la llave.

Los paquetes

listos

y la sal

— “...*el esturión a contracorriente de los rápidos...*”—:

¡ah la navidad bien oliente!

Si guardásemos

el tufo quizás nos precedería

en el juego de la muerte.

Si guardásemos

quizás nos llegaría seco el llanto

que los claustros nos han de perseguir nocturnos

y en la hora del canto del gallo.

Siete noches contamos el ruego del perdón

y siete la hora de las mutilaciones

oh gatos.

¡Siete veces habrá de morirnos la vida!

*

Me injurio
me doy un apretón de tuerca.
Otro agujero al cinturón recorro
y logro un ¡ay! destartalado y hosco
común
 después de todo
 a los de mis hermanos
sin diferir en gramos
 ternura
 rencor justificado.

Un ¡ay! tan mío que revienta en sonrisa
chueco cual la malaconciencia de los lunes
como el tráfigo de los desahuciados
o la inquina de dios en la Semana Santa.

¿Quién me manda querer y no saber decirlo
con propiedad y estilo
 vea usted?

Amar y no ser comprendido en mi animal estruendo.
Sumar otra elección desacertada...
¿Quién me manda? ¡Oiga! ¿Quién?

*

Una jauría
me acosan los recuerdos
las nubes de nostalgia en que se envuelven.

Murallas de este día
poderosos levantan mis anchos huracanes de lamentos
el patio de acomodados temblores
— “...si usted viera

Nana:

*geranios en hilera
girasoles y azafranes en ordenada geometría...”*—
el suceder inmenso
atascado en la imagen del tiempo detenido
si abyecto
falaz
bello alguna vez
detenido tiempo.

¡Una jauría!
Perros diría del Polo
¡oh frío amor!
De La Montaña Negra lobos
¡oh negro amor!
Hambrientos perros sí
y la amargura cuan completa
si...ni...eso...se...tuviera...

*

Del puño a las hombreras.
Como un estar a cal y canto
ha ido constriñendo su juego mi semilla.

En lento viaje.

Cauta en las caravanas
grave en los arrojios.

Apenas registrando el pulso de los días
reclusa de penumbras
de alguna urdimbre fina.

Del puño a las hombreras...

¿Qué se puede contar
si se ha perdido?

*

¡Y al vacío el vacío!

¡Echaremos también ahí las telarañas
que un día nos cautivaron!

Encasillar el inventario de nuestras esperanzas muertas
con flores amarillas y daguerrotipos herrumbrando
ha de ser tan honesto

amor

y lo agradecerían hasta los heroicos munícipes
de la patria pequeñita.

Pero a lo hecho

pecho

— “...y *despecho cruel*
si se quiere... ”—.

¡Al vacío el vacío

más lo que no te dije:

mis noches sin ventanas

por ejemplo!

*

Sólo por ver arrojó este pañuelo blanco
el as

la reina

y un reloj sin tiempo.

Sólo por ver:

aquí vive la angustia

acosada la pena justo en la gris orilla

el miedo aletargado hasta su altura

el insomnio afilándose los dientes.

“Solo por ver”

—dijimos—

y dura fue la vida.

De amanecer sólo pasó un fulgor.

*

Caído en embrujo ciliar
y en las fojas es su nombre ausencia.

¿Para qué letras
si es circunscribir un hábito
lunes tras lunes
comedida línea que no llega nunca
sino al punto ciliar
cómo menciono?

He andado por ahí
cabizbajo y atento
en la espesura de las semanas
acosado de lunas
de por qué y para cuándo
y es liturgia y andadura el mismo asunto
pues por dónde ahora fuera
que no hubiera ido un ayer
algún mañana inconexo
distráído

(“...cadencias
azul y negro en encuentros de facción
de pregunta y espejo...”).

*

¡Cómo poder!
¡Con qué caudal de llanto...!

Con nada se podría llegar
a los linderos del ensueño roto
a la simiente de tiempos del milagro
en la ronda del as y la ruleta loca.

Luego
 la pobre edad
rinde cosecha de ojeras
 inconclusa
ante la vastedad de los océanos
y la inercia de las cosas yendo.

Ah la inmisericordia
 flores de verano:
“Se prohíbe soñar”
 y aunque la hora yerta
de la profunda evocación completa el ciclo
¿cómo poder?
 ¿con qué caudal de llanto?

*

En los cantos voy a envolver los sueños:
serán bolsas
paquetes de mil placeres detenidos.

Cantos multicolores yo decía
lo recuerdo
para el estío
que danzaba en traje de fuego
¡loco!

Para los viejos
de mirada extasiada...
para cuanto huracán se allegara de lejos.

En los cantos voy a esconder la risa
el amor desaliñado
la mar del desconsuelo
quizás.

En mis cantos irás:
envuelta.

*

Puso

después

la máscara

—sin cargas de culpa

anonadamientos prematuros—

sobre la otra máscara.

Armado de cinismo y derrotas

desencantadamente pagano

de parábolas adjuntas desbordado

dispuesto al litoral

al interregno de lo ácido.

Un fugitivo seminal

cansado

harto

mascando el malsentir

proponía un adiós.

Aceptaba el fracaso.

*

Era un soplar de viento
los tres jueves y medio que le digo:
ya no castiga esa luna.

De la flor y su agua
nos quedan los pedazos en vaguedad exacta
inexplicables y en multitud.

Duele un diente
a veces
para qué decir lucha porfía
si una cosa y otra se han sumado
y hasta cosquillas han hecho
al pulmón que aún tose y encarna los suspiros.

Ya no resopla el viento
ni amenaza la luna
ni el fin de la semana comenzando...

¡Qué ha de ser
compadre!

*

De noche salíamos a desyuntar estrellas
— *“y ojos de los espacios de salitre
asaz generoso con el llanto
con la humedad anfibia...”*—
para las sutilezas de los encantamientos
entre las percusiones del viento jugador
y la cómplice astucia de la luna.

Las separábamos a ratos
que bien se interponían besos tiernos
y la estrategia grata de las caricias
zorras en contubernio con el ansia furtiva.

De noche no sabíamos qué
y los cuándo llegaban al momento preciso:
puntuales
como la muerte burda
como el relente de los boscajes indomables.

De noche
se asombraban las frondas de nosotros:
natural era la búsqueda ansiosa de las piernas.

El tuc tuc de las aves
arrullando
se perdía con la calle
con los árboles moviéndose y rozando
con mil ecos murmullos y quejidos.

*

Diversos
desde los sicomoros al peñón
y la tarde bajaba hacia su lecho.

Diversos
y hasta cuándo:
cómo nos va a torcer la vida
cuánto incita la muerte.

Diversos
para lunas y soles.

¡Si en la música misma la danza va emboscada...!

*

Luego:
los bamboleos
los trazos de fisuras...
altaneras montañas de cemento.

Los desencantos
el plumerío informe
los picos deslustrados...
pájaros de verano.

Las plagas
las sequías
los duros leñadores...
arboledas fragantes.

Corazón mío:
¡el olvido o el odio!

*

¡Qué difícil estar!

Pero busqué el hotel de entonces

si recuerdas

y la semántica no logra su acomodo

— “...*si tosiera la pobre*

si mirara los andrajos que nos van acostumbrando

a las ruedas torcidas

a los miércoles sin sopa

sin café...”—.

Difícil

y ya estorban las nubes que propones

no resultan los ojos que pintaste

los corazones para ser azúcar.

Difícil como las horas en el parvulario

huyendo al abecé de los candados.

¡Como al halcón en una jaula de oro!

¡Y te alzaras esfinge
musical
hasta en los párpados de lagarto trisílabo!

Dedicada al espejo
en sonrisas y muecas de contento.

Roja luna
satisfecha:
de gualda y albayalde untada.

Con las musitaciones en los labios
— “...*un tiempo de reír*
un tiempo de añorar
uf...” —.

Fragmentos de vasija en la calle.

*

Se perderá la espalda porque ni modo.
Al fin que para ello es...

Y cuanto doliera
suficiente dolor no habría:
¡rompan las fábricas en pitidos!
¡la maquinaria instruya ese proceso!

Se perderá
aunque no se guardara.
¿Cómo?
¡Si no nacimos ángeles!
¡En la sempiterna oración nadie lo dijo...!
¡Todo hubiera sido tan sencillo de otro modo!

¿Y la que armaron en dual persistir
entrambos ciegos callejón adelante y sin salida?

Igualitario
el maderamen cruje
nadamás hacia la espada o la pared.
Un día...

*

Se hubiera
después
desanudado el cirio
la flama campera
—“*tornasolada y azulina*
a vaivén...”—

y en el paso y protegido el tabernáculo
la nube habría sabido llorar
los cuerpos decir gracias y buenaventuras.

Nada es fatal
aunque suceda fatalmente lo que embiste
en violencia de caricia o puñal
en arraigo o desconsuelo del partirse
morirse a pedacitos de imposibles junturas puescaramba...

Un exceso de huecura
indefensión entre suspiros
establece la distancia de mi cuerpo a la luna
caprichos o nudos a la cola del viento
para el pretexto del tullido
que somos dos
o siete
o más de veinte.

*

Crece la tarde
—gata desperezando una molicie adversa—
y el verano se va
con fuego y grana que arrebola y muerde.

Obrase como ciego
a esta hora del suplicio y vértigo:
ya me comí las uñas
han de seguir los dedos y los brazos
—“...*hambre sin plato*
sombra sin cuerpo pareciera...”—.

De entonces para acá
sólo bramidos
aletear de cuervos y crujir de ramas.

De entonces
un campo estéril
fatigado
y cielo y nubes restañando sangre.

*

Tiemblan mis rodillas un oriental padecer
y árboles

palmeras y bejucos
trasladan sus caderas de aire
a la callada esquina que alguna vez pude tener
valga el recuerdo consternado.

Olas de albas prematuras
—“*caballerías adelantadas...*”—
han de ser ráfagas en el pensamiento
de ausencias y distancias poblado:
fantasmas que la nostalgia borda.

*

Días a las visitaciones destinados...

Así

los bosques en su fría somnolencia
y los jardines enfebrecidos de primavera
sabían

en la espera

del tormento preciso.

Un tiempo en que nosotros

—roca y humo

cruz y flor

paraíso y médano—

rapaces

la carroña de los muertos de fierro buscábamos:

cartílagos con vida

sus húmeros y fémures

alguna extremidad articulada.

Suburbio tras suburbio

en la ciudad

auras tiernas rondábamos los *yonkes*

cementerios de carros donde orgullo y soberbia de los hombres
eran polvo y herrumbre solamente.

*

Estábame parado como en isla ciega
insomne
callada.

Listo y no para llegar a tiempo y sin remedio
a la estación del rezo
a la hora nona.
Cabeceaba.

Estábame parado y preguntaba
por qué han de ser innumerables las llaves del encuentro
y por qué inalterables...
el cómo de botonaduras y ojales
hilos en desfortuna.

Luego me deslizaba entre las nubes
de recuerdos felices provocando:
retomaba las bridas de mis pasos queridos.

Nada navega tanto como el sueño.

*

¡No tropeles a café
a pradera
estepa insalvable!

Huracanas
y he de mesarme la hirsuta barba
quitar-me de los hombros la caspa
el talco de billar
sin parsimonia.

¡No arrincones en mis pobres ojos
todas tus estampidas
las explosiones y pavuras
de los encantamientos a que has llegado!

¡Vámonos a la luna
mejor
al horizonte lumbago de nuestra tarde honesta!...
¿o hasta dónde los rezos
las infamias
los hongos que despintan mi paciencia?

*

Tal vez
así empezó la jerigonza
—extrañas
las míticas palabras
del Creador

dijeron:

“...Bajemos

*y una vez allí
confundamos su lenguaje
de modo que no entiendan
los unos a los otros...” —*

la exuberancia de los signos
nidales de utopía
arborescencias de la razón dividida.

*

La piedad y la risa
dos maneras de vestir el fracaso
—tal duna de polvo estéril
ese muerto a despecho del hermano cándido—.

Logran las fauces de los días
masticar el hechizo de los hombres felices
su dual perversión de concebir la idea de la muerte
y soportar esperando.

¿A qué horas nos iremos
Reina?
¿Cuándo comemos ese pan bendito que se traga entero?

¡Quien rompe la ilusión de los insomnes
no habrá de merecer ducados
un reino de mampostería blanca con cielo de palomas!

(“...*Si no te hallo*
te invento
caminito...!”)

*

Le diría:

los sauces el aire las montañas
—músico describiendo los afueras en sus rodillas
en sus tobillos los afueras encadenados—.

Dilatado

por los calores exultantes
y los movimientos aciagos de las montañas
le diría de la zorra y el lagarto iniciático
del mostrenco
pío lobo.

Cuanta cosa se viera y oyera

—se sintiera—.

Qué:

los pájaros
las nubes
el carrerío.

Y los adentros...

El silbido del alma percibiendo los dolores caóticos
el resuello del otro.

¡Hundido!

Por las fiestas y solemnidades
instalábase una errátil compostura
—entre el chaleco y la cintura ociosa
digo ahora—
vaga complicidad de la esfera y los vientos
sal
ramificaciones de alambre
vahídos huecos.

Quién habría de decir:
no faltaba sino un ¡ay! Para la risa
un ¡oh! Para el sollozo ¡qué caramba!

Ya por la vista del ceremonial
—ritual cadencia de prosternaciones invocantes
salutación en la liturgia—
era fácil que un pájaro desgarrado

prieto
flaco

nos jalara a su circo
al impudor alado
a tanta cosa que hasta el nombre olvido.

Ah bien
si aún flotasen con nosotros
nubes como aquellas
(“...*infancia que intentó dejarnos
liberarnos de tantas conocencias...*”)
¿quién sabe si vendrá la madrugada!

¿Cómo decir que no se tiene el vicio?

*

La pura jerga
la soberbia de los pitonisos
hum...
y oliendo nísperos y guadañas
se expresa el esqueleto al aire
a la crápula dura de las calles
— *“...si escucháramos cuánto urde
y en silencio llora
cuánto maldice al aspirar veneno...”*—.

Un conjunto de vacíos ambulando
y una conjunción atávica de esperas
de esperas
de esperas.

La pura jerga
digo
la soberbia con un trago de café...
y en oler un níspero
vislumbrar una guadaña
ha de llegar la más última.
Indescifrada.

*

Allí estamos
de solemnidad riente
en esas sillas
—imagina un mañana—
y no llega el momento de venir a sentarse:
“Enteros no hemos podido ser
premura”.

Vendrá otoño feraz
primavera cordial de la buenaventura
y un engarce de noviembrés y abrilés
trazará la metáfora del abierto deseo.

Mientras
por ahí estamos
en unas sillas de agradable salón
bar penumbriente
y no llega el momento de acomodar el cuerpo
en ellas
todavía:
“Enteros no hemos podido ser
premura
corazón que se duele tras los ojos”

*

Pasó un gorrión...

Al vuelo yo buscaba
la cosecha de ausencias.

Cundía el equilibrio
huía en espantadas el desorden
los desesperos de la bruma.

Las penas escondíanse al lamer del corazón
partían del trasiego de la extraña conciencia desolada.

Pasó un gorrión:
buscaba la cosecha de ausencias
ese día
inmemorial desde los 24 gajos
desde mi tienda afiebrada de ayeres para siempre perdidos.

*

Otros días llegaban con las regurgitaciones del viento
y la onomatopeya de su maldecir alucinado

— “...secos lamentos ferozmente cortaban
la frialdad de los suburbios
dados por el olvido a la penumbra...” —.

Cal y hueso de las edificaciones multiplicadas
repetían sus terribles admoniciones
el estremecedor aleteo del ánimo sin tamaño
informe al escrutinio de los ojos
al arañar de nuestras manos vacías.

Lagarto en estertores

viento largo

ululante

a la puesta del sol amainaba en sollozos
en suspiros de duelo y despedida.

¡Linda

después

la estrella azul

en la lluvia ocre

callada

de los albaricoques!

*

¡Y así nos hemos ido haciendo viejos
te lo vuelvo a decir!

Como el tirano

—desdentado

canoso

inamovible—

como el hambre que atraviesa puertas y paredes

como el llanto negro de las devastaciones

como el río de sangre que se ofrece

al dios Huitzilopochtli

diariamente

(“...¿dónde andarán los días que se fueron
tantas ansias y sueños?

¡Ay, cariño! ...”).

*

Ojos para que vague la inerte
la desahuciada

*(“...ovillado me hallaron las luces y las sombras
encanecí distinto a mis hermanos
mas la sangre enemiga
se alzaba en el ceremonial
con las mismas digitaciones y retruécanos
con oh las mismas muecas amarillas...”).*

Ojos de donde ya se fue la lucidez

*(“...ensalitrado seco y desalmado
ahora
dispongo bienquerencias y extravíos sobre la mesa:
para los archivistas y topógrafos
para las variaciones del cadáver de los ensimismados
para las brújulas en franco deterioro y desfase...”).*

¡Ay amor de las contestaciones silenciosas!...

Paso a paso
va cometiendo su enterramiento:
en qué lucidez
sobre qué Pascua muere ahora.

“Hanle desorientado los asombros
y se pueden contar todos sus miedos...”

Teje la araña su tela debida
— *“teje la araña su tela de vida”* —.

Teje la araña su tela de tiempos
—“*teje la araña su tela de ti en pos*”—.

*

¡Dónde me abro!

¡Cómo lanzo al saqueo los ojos
las garras de aquilina estirpe
la piel
calidez de sabana!

Ha de haber un rincón
solariega mansión dotada en sombra
y frescura...

¡en agua!

Para mi escurrimiento de raíces
peces
nubes sonrojadas a tarde pura
a domingo de añil.

Corsario de estos mares:

¡dónde me abro!

¿Cómo llevar tanta navegación a su aire?

*

Hermosas fueron las tardes:
del beneplácito darían razón hasta las rocas
— “...*oh laderas*
verdecerán vuestras espaldas otros días...”—.

Si escapada la luna
del fracaso de una ciudad acerba
en desaliño
si desplomado el sol sobre los hombres
—avaros
de amasar la inconsecuencia—
aún quedara un bocado de esperanza
sólo queda decir:
¡hermosas fueron las tardes!
¡fugitivas!
¡como el hambre de Dios!
¡como sus ecos!

*

Llegó la soledad y dijo:

“Vengo...”

pues las lunas se han decolorado

del último lustro acá

la seducción aquende

mi franmasonería.

Vino y no trajo amor

el carajo y dionisiaco elemento

de los seres perturbados o dichosos

ni el vino de agridulces partes

que arrebola la vida de nuestra vida.

¡La soledad nativa de mis pantanos...!

Instalóse en su bienquerencia

reducto formal de nostalgias y melancolías.

En su bien amada casa:

con menaje y despensa a cuello de botella.

Dijo al llegar:

“Vengo con un abrazo tibio

Desposado...”

Si en éstos sus parajes ahínca diente y garra

como en pecho propio

hacienda igualitaria

¿cómo iba a mudarse alguna vez?

Pregunto.

*

Se nos darán las puertas
abriéndonos los brazos:
tiernas en sus axilas de pino y oyamel
de nervaduras en oleados trazos.

Se entregarán abriendo a fruta dulce
a campánulas
cerrándose a lo oscuro y las redes
al apurar de amargas gotas durante los ocasos...
al tiempo del ángelus clamando.

A hora buena.

En justo.

Cuando al fin niños
ya estemos tan cansados de escapar.

*

Una segunda astucia contra la malasuerte
frente al embaldosado

allí

esperando

plano en su dibujo
elemental a granos y señales.

Una ruta circular con espejos
—las siete fases de nuestras lunas—
para ir y llegar y decir:

“Vea

estoy aquí

medio muerto

o medio vivo

comiendo lo que a penas

despacito

desollando incipientes raíces

otorgándome el remedo de la dicha

lo que se va de prisa

s

i

n

r

e

t

o

r

n

o

.

.

.

CUADERNO DE IRAK

(IRAQuererte...)

.....

Francisco Morales

a Najah
a Aída

1

Ya el sol pinta la silueta del farol
en la pared de ladrillo.

Julio y su cuesta final:
en cuanto muera el día,
habrán de estar desvanecidos:
el ensueño será con el pasado.

Julio,
 que ayer apenas nos mostraba
su canasta de frutas de colores,
un sol alegre de risas sempiternas,
ofrece ahora,
 la sombra del farol,
siete palomas tristes y un hambriento gato
en la pared que se me ha puesto enfrente,
gris,
 descuidada
 y con mal de olvido.

Pasado el día,
 ¡ay Iraq,
 cuánto se habrá perdido!

2

Cómo vamos sabiendo de las horas,
su más triste pobreza,
encono en floración.

*(¡Vamos a jugar con la tierra:
llenar,
 vaciar bolsas con lodo,
tal niños regresados al infantil hogar!)*

Cómo vamos sabiendo de las horas,
de su asiento y camastro,
rotación de segundos,
 lasitud o destino.

*(¡Vamos a jugar con la tierra,
el agua,
 el viento,
 las caricias...!)*

3

Ya luego ni el danzón y su hechizo
hicieron por quedarse
en nuestra cuartería.
Supongo que no cabe la luna
en cualquier parte
—cueva,
 rincón,
 intersticio,
 mirada—...

Ya ni el cuervo narciso
volvió para instalarse
 en la ventana gris
de las tardes azules que juntos agotamos.
Supongo que no cabe la risa
en cualquier tiempo
—balbuceo,
 gemido,
 Acteal,
 Iraq—...

4

Me dice la mañana
la ristra de cosas por hacer:
ha llegado temprano
con su mal y su trampa:
Iraq en los periódicos.

El mar desde muy antes,
allá enfrente,
ha iniciado el desfile:
pelícanos
 gaviotas
 nubes altas
y no hay prisa entretanto...

5

Siento la cerrazón entera.

La guerra no inhibe sus ganas

—sus garras—...

Picotea el insomnio los ojos junto al miedo,

y afuera cruzan almas,

rondando los anhelos,

la esperanza fallida del hombre en su camastro.

¡No puedo,

así,

bajarte las nubes que no tengo!

6

Ojos que al mirar se burlan
—“es la calma,
*el tedio de agosto;
ronda una mosca frente al librero;
danza un buitre,
bajo las nubes sordas,*
boscas,
enturbiadas,
que ni escuchan plegarias
ni quieren arrojarnos unas gotas...”—.

Ojos que al mirar transitan
de la risa, al deseo,
al hambre del amor.

Si hoy no te beso
ni digo palabrejas,
no es que me haya obligado el calor insistente
que,
obcecado,
se adhiere
los mayos del geranio,
los agostos candentes:
es que ya nos huyeron,
la luna y sus promesas,
los requiebros del mar.

Voy a meterme en ti, corazón loco,
para desgobernar la nave de zozobras,
pues los años han dado el ¡quién vive!;
como si zozobrar no fuera el trajín diario.

Voy a estrujar tu voz, corazón loco,
para desanudar tus entrepaños,
la escala de los ruidos que te mecen,
la vana historia que te puebla de ansia.

Voy a desentrañar, corazón loco,
el aire que husmeas y te husmea en inútil registro,
o qué dirán después las golondrinas
cuando busquen y busquen y no te hallen.

Voy a tumbar, corazón loco,
el tiempo que recuerdas
—echándote letargos por cobija—;
ya nada puedes dar ni hacer con ello:
rumbo cavado, asunto demolido.

Voy a pedir, corazón loco,
que perdones a todos y a ti mismo, pronto;
no eres el culpable absoluto,
acaso la mitad, sonrío un poco.

(Voy a rogar:

¡paz en Iraq!,

corazón loco...

¡Qué cosa, gracia, prisa,
y apenas son las siete;
salta una rana, descubriendo el día,
pero el sol aún no descuelga
su candor amarillo,
la esperanza que el crepúsculo hundirá!

¡Qué cosa, lirio, risa,
y ensaya la campana su llamado;
chilla el gato, no atiende las razones;
quieto el mar, no enciende algún cigarro;
hurga el alma la causa de su pena!

¡Qué cosa, miel, ceniza,
y ella viaja, la almohada bajo el brazo;
el ensueño, temblando de promesas;
su pie izquierdo a la caza de un tango,
ay las nubes, avaras, no dan lluvia!

¡Qué cosa, guerra, miedo, radios;
el cuaderno esperando caricias;
esta pluma no quiere, avanza lenta,
dice Iraq, oración...
cuántos sudarios!

10

Gris y frío,
el mar.

Se ha pintado de nubes la escena;
batallón de pelícanos;
las rocas y el sargazo en la más grave
de las conversaciones.

Frío y gris...

Vuelve, rondando, un cuervo,
su ancestral hambre;
narciso que llega a la ventana
a buscar a su cuerva en el propio reflejo;
no se ha perdido nada:
aquí vamos, despacio y derechito.

Frío, el mar.
Gris.
Eso parece.

No esperar nada de nadie.

Para qué ir arrastrando el costal fofó,
huero,
de lo que no nos dan.

Ver la fresca mañana,
el lujurioso astro radiante que todo lo domina,
será más sustancioso;
qué te puedo decir:
creo que duermo, y en el sueño,
tu mirada me ha sitiado la noche
con su astucia,
fulgores
y misiles.

No esperar nada, de nadie.

¡No pudimos hallar lo que tanto buscamos!,
dice el niño que fui al abuelo que soy...

Mira:

parten a Iraq los barcos:
dejan la cantilena de sus pitidos roncós
en sus lentos adioses...
¡largos minutos tristes,
hostiles,
hos...cos!

Mañana,
sin embargo,
una astilla tendré.

Nada remediarán los ojales,
las toallas viejas de mi azul hotel.
Su escozor irá royendo
las más hambrientas ansias.

Mañana,
sin embargo,
por la calle donde espero
y ella surge en su nave rumbeadora,
tendré esa astilla,
huraña comezón que va directa al alma;
luego,
en la banca de mis ruinas dilectas,
me instalaré como si fuera brisa,
a lamer al domingo su parte más callada,
como si fuera todo,
como si fuera nada.

Flota,
entre el hambre y su estirpe,
la esbelta soledad,
sus aliados comunes.

Por el mar que me busca los ojos,
allá enfrente,
ha pasado, temprano, una ballena,
rociando litros de esperanza vana;
muy oronda, después, largó hacia el sur amable.

Ha llegado,
además,
por eso del ambiente y su ictericia,
un hermoso bajel hasta mi silla,
desde un ayer remoto y sin perfume
—en la desportillada taza
el café
suelta melancolía como un jueves cualquiera...—.

Y entre el hambre y su infeliz parentela
anidan,
sin piedad,
las garras de la angustia,
la hosquedad de la ausencia.

Esa muerte no se construye con amor.

Cae un techo,
se desploma una pared,
corre una vereda hacia un río ensangrentado.

Los caminos del aire se han llenado de espectros,
fantasmas que las noches de Iraq pueblan.

Por ello,
 al centro del pensamiento,
algo que no entendemos,
 arrojadizo,
 cae,
aunque no se diluye
 ni se alcanza a discernir...

La última luna de enero casi está por nacer.

Echo la risa apresurado,
para que no adelanten los sollozos.

Falla decir adiós.

Las almas enmudecen,
sienten frío
y es más fácil optar
—¡oh, ya no tengo cerveza
y el estanco ha cerrado!—.

Ausencia,
dice el corazón tranquilo:
suelta un suspiro repleto de anhelos
(va la risa delante),
y aquel bosque fragoso sigue entero.

Hoy que el aire se funde en petirrojos
y mayo aguanta el rumbeo de golondrinas,
las ballenas y el sol dicen ¡ausente!;
¡ausente!

grita el mar
desde su azul enredo.

A pausas.

Y no habrá soledad mayor
que la nuestra,
pues desde aquí se mide,
hasta la reja firme:
¡no hay cárcel más precisa que la ausencia!

A pausas,
 todo
(así cruzan los días y las noches,
la plana castidad de los susurros,
las bombas hacia Iraq),
y el amor bien puede arrinconarse
guardarse en los inmensos silos,
adornarse de moho y telarañas,
lento acabar...
de minutos absurdos
 o de olvido.

Habrá que dar calladamente al alma
sus caricias,
y el hambre se le ir :
dos, tres minutos.

El destino es, en fin, una secuencia
de silencios y prisas y dolores...

Hemos de interrumpir,
de vez en cuando, nuestra respiración,
para que tengan,
otros,
el aire vivo que tanto necesitan...

El destino es, en fin, una secuencia de silencios, ansias y desamores.

Habrá que entusiasmarse con la vida
y, en verdad, es la estricta alternativa,
pues la muerte nos llega despacito,
cada día y minuto,
rutinaria...

El destino es, en fin, una secuencia
de silencios y risas y candores.

Habrá que...

Cómo detrás de mí lo contrario
para lograr el yo que me anuncia
(sale a rasgar el aire la pupila y,
en izquierdo furor,
la desmesura,
se lanza sobre el hombro y desenvuelve
una tarde rojiza y esmeralda).

Cómo detrás de mí lo que se opone
para lograr el yo que me busca
(sale a decir el mar su plegaria:
cuenta sus penas de agua, desolado;
huye de una obsesión que le tortura;
ni cuervos ni gaviotas han cruzado).

Cómo detrás de mí el adversario
para lograr el yo que me espera
(sale a brindar, por mí, la esperanza:
atenta ha de guardar las apariencias.
la taza y el café ya se han enfriado.
Aquí

—y en Iraq— sueñan las madres:
“la vida vendrá azul,
tranquila,
plana...”

Recogemos el stress
del bote cotidiano de basura:
nada ha quedado o partido
de tantas ausencias que me enviudan.

Todo lo guardo en un frasco,
lo perfume, y huelo, de lejos:
no vaya a morirme un poco.

¡Lo empacamos! El stress:
y saber
que no ha traído geranios ni violetas,
nos abruma.

¡Cómo tener constante el sortilegio
de lo que no se alcanza;
la minusválida ecuación sin resolver,
sobre la espalda,
que articula un quizás desmañado!

No vaya a morirme un poco,
ya pasadas las tres con sus lujurias;
y el cartero,
triste,
por no haber dejado, siquiera,
un telegrama de paz desde Iraq.

...Se escuchará el tañer muy apenitas
desde la esquina tensa de las doce.

Llegué al punto preciso
—la extraña cavadura donde has estado siempre—,
y no había señas del sismo:
nada se habrá movido, tenemos que decir.

Llamé al cancel pasmado
de nuestro viento sur tan delicioso,
mas nadie respondió:
sólo estaba tu sombra,
y esgrimía el idioma del país silencioso.

*(...¡Ah la cavidad bucal,
el glin glán de la mandíbula propuesta hacia el oriente,
los interminables atajos que han de seguir los dedos
para elaborar la caricia...!)*

Tu calle cenital habrá de estar igual
cuando a charlar contigo mi silencio regrese.

La candorosa tarde nos cubrirá de paz
—¿cuándo en Iraq? —.

Las lluvias decididas de marzo
—el tiempo decidido,
también,
y consigo todas las armas
contra el amor
y a favor del amor,
¿qué le vas a decir?
Oye:
llama a tu puerta—.

El trastabilleo de los relámpagos
en este piso de nubes amargadas.
La sesgada cinta del sol
en la espalda de la colina.
La descarga de metralla en Bagdad.

Las lluvias decididas de marzo.

Bien se puede decir que no hay mañana,
y ella dice que mañana charlamos...
“Mañana”,
 en la escalera del azul monasterio
donde se enclaustra mi alma.

Bien puede el mar, en su rabia de espuma,
eterno insomnio,
soltar la carcajada desde todas sus fauces:
un mañana no está tras de la puerta,
esperando, sonriente, nuestro arribo.

Vea usted:
el buque esplendoroso del amor cruza El Morro;
el buque del amor, su candor.

¡El Buque del Amor,
 un fulgor!

23

Echa el radio su canción gatuna
de desamor.

Ha de ser el día:
pobre de largometraje, sin paseo en ancas.

La mañana dice no al invierno de la tos,
pero el viento sólo silba,
sólo escupe:
rechaza la sensatez que convocas.

Sorbo a sorbo, reparo en el café
—cuando ya faringea—;
y ha de ser el día,
jueves de andadura tras el mismo asunto:
las manos que se alejan y se niegan a entregar
la delicia...

Carraspea, después, el radio
—Iraq, en llamas—,
y suspira;
la panza me ha quedado vacía
y he de dormir hambriento:
como ayer, ¡ajá!

¿Qué te puedo agregar, calambre?

Otro siete que me da la divagación;
barca en viaje al centro de su infortunio;
campánula o geranio en el reclamo
de una mirada sólo,
una mirada sólo.

Ya no hallo qué decir,
quimera,
y en la sombra recorro el diapasón de la mañana,
pues el sol,
aún ausente,
sigue manifestado;
y albedrío,
libre albedrío exige al transeúnte
que, gris, ofrece su impostura a un árbol.

Ha de madurar y reventar este siete:
a dentelladas e inevitables cortapisas.

Domingo, para estar callado... o gritando;
para decir:
“¡Oye, estoy aquí,
tu equivalencia impar!”

Más café; y seguiremos atados
al 'lero lero' de la impaciencia:
¿por qué somos lo que somos?,
¿qué nos impulsa a proponer un "deteneos"?

Más café; y este verano se adormece un poco;
se piensa otoño con las brisas puestas;
quiere y no quiere darle llanto al alma.

Más café; y aunque sentado,
espero, espero lo que nunca,
como si el traje me quedara chico,
nunca tan justo como lo he deseado.

Más café; como si fuera un vicio
de la taza
 viajar con la barriga llena,
de la mesa a los labios...

Café, café, más café,
 para la taza enferma.

Ahora que tañen, felices, las campanas,
debo arreglar la muerte matutina,
que anda por estos rumbos peripuesta,
antes de resolver si las axilas
van arriba o abajo del sombrero.

Ahora que todo silba de morirse,
hasta los pajarracos hacen ruido;
llegan los petirrojos por alpiste
y los desmañanados por alcohol...
ándome ya sin miedo, poco triste.

¡Ay mundo que nos vienes grande
desde tus destripados calcetines,
y que pujas y ríes y codicias,
hoy que doblan honestas las campanas,
debo arreglar la matutina vida,
que anda por estos rumbos indispuesta!

Pero siempre hay un pero
y pocas veces ganancia desatada
—cruza el viento, barriendo el bulvar,
y al costal echa un mendigo su migaja—.

Pero siempre hay un siempre
y pocas veces la llenura del alma
—van creciendo las olas, son las ocho,
y el asombro no encuentra su medida—.

Pero siempre hay un nunca
y en raras ocasiones la ternura del cielo
—pasa el llanto limpiándose los ojos,
luego, el tiempo, derrochando mis horas—.

Pero siempre hay un quiero
y en escasos momentos plenitud
—pasa el hambre rascándose la tripa.
En Iraq el invasor no dice ¡basta!—.

Esta suerte es el centro y desde ahí se parte:
acepta el occipucio, la malaria,
los denarios,
las lámparas de aceite que aletargan.

Se ha partido de cero,
desde cero,
al inmenso paquete de silencios que llevamos encima;
haga ruido el volcán, nos engañe la prisa,
la suerte ya está echada
—¡y en Iraq! —
perra iracunda en las diez ceremonias.

Así pues,
una camisa muy planchadita
hemos de usar encima,
por lo solemne,
para buscar de dulzura un tarro
en estos callejones de acero troglodita.

A las Marías, al gozo alborotado,
a todos les recuerdo con el ánimo terso
—rondan los pescadores
la costa fría de El Morro—.

Cuando saltó la musa, de su oscuro cubil,
yo estaba desvelado,
contándome las uñas de la mano:
a las Marías todas, y al gozo alborotado,
les extraño siempre con el ánimo intenso.

Pasa la carretera libre, tan poblada de carros;
apenas son las siete:
¿a dónde irá , la pobre, con tal prisa?

Yo, sentado, junto a la ventana,
el café en su punto,
sin Marías ni gozo alborotado;
te recuerdo con el ánimo inmenso,
con el ánimo inmerso
—cruzan los pescadores
la costa fría de El Morro—.

*“A la plana terquedad del absurdo,
sólo puede oponer el hombre
la inmensidad del ansia:
¡Un alto al fuego en Iraq, amigos!...”*

—dijo,

y entrevió en la ventana un manchón de golondrinas que, un segundo después, se habían largado—.

“Nada va a trascender.

*Sólo el recuerdo, a veces,
podemos repasar, como si fuera un sueño...”*

Miraba el mar, su nube alternativa, y bosquejaba un mundo en la palabra grave,
en la mirada oscura..

*“Un beso a las estrellas, algún silbido al viento;
un vaso de aguardiente, apresurado...”*

Ni agachado ni altivo, dijo adiós y salió.

La cantina siguió, como si nada;
los que escuchaban rieron,
brindaron y buscaron el juego,
la ruin fatalidad que los naipes ya tenían convocada.

Hay,

que siempre me muevo hacia adelante
y no puedo volver al atrás que necesito;
te has de burlar si escuchas lo que digo:
no da el papel para las cuatro esquinas.

Hay,

que no puedo parar la maquinaria:
va de frente y no entiende los descansos;
aquí me encuentras con la pluma a cuestas,
y el papel no halla sus cuatro esquinas.

Hay,

el café, delirios, albas frías,
azoro de palomas y gaviotas;
no tardará en llegar el mediodía,
¿están en su papel las cuatro esquinas?

Hay,

el salir al ritmo que se indique,
pero no regresar al punto de partida;
bella la noche está,
¿cómo estás, sol de Iraq?

No hay sitio en el papel para las cuatro esquinas.

Esto que no es,
no ha nacido,
me transcurre a medios;
dicho mejor, a cuartos,
en octavos quizás
—“¡imaginad la magnificencia de su pequeñez,
avara de tamaño, escasez acumulada!...” —.

Va a salir desde su lado izquierdo,
tal brotan los geranios, las medusas,
los coloquios tricéfalos.
Subyuga el portento desde su gris amasiato
con la nada.
Ha de llegar un lunes, un octubre quince,
a nuestra costa fría.

Me transcurre como un mar en cataratas,
un gato no mohíno,
la esquivez de las desolladuras del alma,
esto que no es,
no ha nacido,
viene apenas de lejos...
desde la gran lejanía de lo increíblemente cercano.

Cedo a tus ojos mis ojos
para que alguna vez me mires
posiblemente.

Verás completo el mar
y a mí
posiblemente.

Verás la luna, su plata desmedida
y a mí
posiblemente.

Verás sin fin de gaviotas, cuervos, palomas
y a mí
posiblemente.

Verás palmeras y encinos,
sauces luciendo el jade
y a mí
posiblemente...

Debo resolver este cuerpo
en sus veinte maneras espasmódicas.
La soledad fatal ha de cimbrarse
desde el punto final hasta el acto cordial.

Quizás han de pasar caravanas de beduinos
y los saurios que todo mundo ha conocido,
o vendrán inquietas las manchas de paredes.
El unicornio del instante común
dirá su ¡buenos días!

Debo resolver esta manera de no hallar el mundo
y su caterva de respuestas.
La soledad filial se desmorona a las calladas:
un grito y un susurro dan lo mismo,
y el todo y sus junturas no dejan ver
las partes que suplica
el melalcohólico domingo.

Debo resolver este cuerpo:
bien mirado, mirado y remirado,
no queda otra salida para tantas pisadas y rumores.

En plano,
 reposado,
arguyo a los dinteles,
a las jambas de mi puerta que no está,
porque no instalo aún
ni siquiera el manubrio frontero de la cerradura.

En plano,
 reposado,
arguyo, aunque trastorna el mar,
como siempre que tarda la luna en fase nueva
(oh, las otras, caray, me causan ansia).

En plano,
 reposado,
 me pregunto
cuánto habré de esperar,
pues ocupada ya estará en sus novelas
la triste panadera de la esquina.

El umbral de la puerta que no tengo
me preocupa, también, como si,
 amigos,
hubiera de quedarme encerrado donde estoy
sin jamás encontrar la salida.

...Y un segundo después ya no estarías,
del recuerdo borrada para siempre;
pero a diario te voy reconstruyendo:
en mi cuaderno por Irak vas entre líneas

Todo sería gritar abracadabra,
con el tono flamígero del mago
que soy
—aun sin usar turbante—,
para que aparecieras
en un mundo distinto al que te invento,
pero
a diario
te voy
alimentando
metiéndote en las líneas del cuaderno...

Siete pelícanos a ras de mar,
en línea recta.

Siete pares de ojos que te buscan,
cuchillito de ónix,
semana tras semana.

Siete alas han faltado al corazón
de este mar,
sumido,
deleitado en su obsesión.

Siete alas que es decir
¡te encuentro!

Absurda caravana de camellos,
hombrecillos azules y rojos de madera,
aves lindas de Fallujah, Al Anbar y Bagdad:

¡vamos a jugar un rato,
sobre el jergón de nuestra cama solitaria,
y prometo que no tendré dolores...!
Allí estaremos al ponerse el sol, lo mismo:
contándonos películas y sueños.

Si estás muy ocupada, mujer,
¿acaso un día?

La muda historia es así,
no cuenta,
 no escucha.
Se hunde en un adentro a ras de piel
y es vaga,
 tal de un histrión hambriento.

Viaja de la sección atenta del oído,
calladamente,
a la región extraña de los ojos,
en alta parsimonia:
“nada es nuevo jamás, y aquí todo se mueve”,
parece que nos dice.

Un domingo cualquiera,
ya no vuelve el color a nuestros ojos
y la sonrisa se ha quedado prendida
entre las ramas secas de las dunas pasmadas.

Un domingo cualquiera ya no estamos,
aquéllos que un día fuimos,
y un ¡hola! maquinal dirá el robot azul
de nuestro desencanto
—¿qué me inventa usted, Tata...?—.

La muda historia es así,
no cuenta, no escucha.
Se hunde en un adentro a ras de piel
y es vaga,
 tal de un histrión hambriento.

La mañanera tinta dice IRAQ
sobre el papel inerme que,
trémulo,
despliega la noticia;
luego dice matanza, dolor, nueva tragedia.

Allá afuera,
entretanto,
la bandada de mirlos no se asoma
un segundo siquiera
por la ventana que nos muestra el mundo:
esconde sin un fin las quince mil piruetas;
después, entre el azul y el ocre
en un ¡Jesús! se pierde.

...Viernes,
como la página fresca del libro
que aún no abrimos.

Día formal: julio, 2, 2004;
y ya,
sin prisa,
escribo el epitafio.

Siendo ya las tres,
no queda más que el insomnio.

Pienso en la tabla del carpintero
y el ansiado reposo en su cama de los hechizos.
Aquí no hemos salido del principio instalado en cero,
las nubes y las horas hacen una misma sombra.

Hurgo en la balsa enferma,
su capitán y la quimera del horizonte;
pero hemos detenido el vuelo:
anclados, añoramos;
el silencio y los ruidos discurren tras celosías.

Siendo, ya, las tres,
el territorio de la quietud,
implacable,
registra las espaldas del caos:
Iraq;
aunque aquí, como digo,
hemos enfrentado la prisa y tapamos
la vida con la muerte en igual distancia.

Siendo la hora dicha,
decido,
“es tiempo de dormir”:

¡el insomnio ríe a doble gana!

La esperanza, dolor;
candor, casi perdido.

La esperanza en las amarras dobles:
que no se pierda,
que no se vaya.

Ese grano dulzón,
pues nos concierne;
del norte al sur,
por dentro y fuera,
y en una tarde de éstas,
Iraq gozará la templanza perseguida...

La esperanza,
dolor;
candor, casi perdido...

Si al resistir avivas la llama de la vida,
¡echa a bailar tras la quimera!

Hay que decirlo,
Iraq,
desde los pastizales, ay tan secos:
¡no alcanza el alma para tanto!

(...marzo se anuda en un zafir de bruma
y desde aquí las olas
se ven como urgidas de sueño...)

Una flecha,
 el cuervo:
desolada su manera de cruzar

— “...¿no te arrepentirás, un día’
de no haberme dicho
que no me querías,
cuando ya esté ido,
 tan ido,
que ni los más largos brazos
podrían alcanzarme?...” —

¡Un cuervo solitario,
alejado de los aires de la dicha!

¿A dónde vamos
en esta longitud de hora,
tiempo aletargado,
camaleónico?

A dónde,
comensales de humo y polvo,
cadáveres ambulando:

¡circular es la rúa...
vamos, vamos, vamos
y cuan pronto volvemos!

A dónde
hermana,
que no vuelvas cansada de no hallar lo que buscas;
tú y yo somos lo mismo
—alas de golondrina,
corazón sin abrigo—...

Ahora se me ocurre que andas sin corazón
—te lo han de haber cambiado por una piedra—,
por eso no reaccionas:
a favor o en contra;
ni en medio te quedas.

¿Qué vamos a lucir, caramba, en año nuevo,
el día de la madre,
o en el aniversario exacto del segundo en que naciste,
cuando me encontraste en la senda del aire?

Ahora se me ocurre,
hirsuto,
que soy voz de espanto,
de ánima incolora que perdió el misterio.

¿Qué sonrisa debo?

¿Para cuándo el tiempo de las madrugadas,
los elotes tiernos,
la risa en Iraq,
la lluvia en la cara?

“Un son de arriba, sabrosito...”,
dicen las maracas y el cilindrero.

A dúo.

¡Y se tuercen de risa!

POEMA AL VÍCTOR

Dijo la cerveza: Sí
(cansada, como el río
de los largos minutos iraquíes).

Andábamos muy cerca de las ocho
y la luna y mis ojos
se hablaban sin poder encontrarse.

Dijo la cerveza: sí,
mi corazón que no,
que no entendía
el fatal
sortilegio
de la vida.

Desciendo por mis ojos
al infinito más cercano de sus ojos.

El gato no ronronea,
observa y prepara los maullidos de su rabia.

Desciendo de mis ojos
al universo más extraño de sus ojos.

El gato no atiende, no responde:
salta en lenguas;
danza tras la enajenación del florero.

Desciendo sin mis ojos
a la contradicción más oscura de sus ojos.

El gato huye, de nuevo.
No entiende que la muerte es esta vida.

La sola interrupción del silbido
—relámpago y estruendo—,
me ha traído la imagen de Iraq
a la hospitalaria ‘zona franca’ del bar.

Por eso,
vayamos al acuerdo
de la noche comenzando...

¡Somos el entusiasmo de la risa, hoy;
mañana,
el sibilar del viento,
las llamadas sin respuesta!

Iraq no es un ensueño,
aunque alguien haya dicho
“La vida es sueño”,
amigos,
compañeros de absurdo y cantina.

Ya te hallé y me besaste;
¿dónde nos habremos de ver otro día,
si hay otro día?

La vida es sueño;
la esquina donde, una tarde,
tu corazón se doblegó ante el mío,
y lloramos las gotas del encuentro y el adiós.

50

Palabras.

La juntura de signos.

Sonidos que no muy fácilmente han de decir:

“¡Te quiero!”

“¡No a la invasión de Iraq!”

Palabras.

El adormecimiento que han de crear,
por una suerte de magia o hechicería.

Sube al estrado el poeta;
afina el grito;
apura el vaso con ron;
dice luego,
triste,
 riendo,
 carcajeando:

¡Acteal, Iraq;
muerte, tiempo, día, noche;
odio, amor;
soledad, soledad...!

El hombre-pobrecito
inquieta sin salida:
¿Dónde se halla el buen dios?
¿Dónde se esconde?

PUERTO SALDAMANDO

Francisco Morales

a Maya

*

La danzonera te evoca:
flauta, piano y timbales
por ti suspiran,
cuando lejos de mí transcurre,
Saldamando,
Puerto Saldamando...

1

No hallo

—febrero, nublado como siempre—,
muchas palabras que lo describan;

Saldamando:

lugar cuya velocidad es la calma.

Moderno,

en apariencia,

por el traje que se pone,

aunque de esencia rural;

sombrero de palma;

sandalias, con los dedos al aire;

y una suerte de ensueño

que parece exudan las esquinas.

Nada más,

nada menos...

2

Descuelgo los sonidos más agradables
del viento y su azote.
Es como un zumbido de abejas
en la tarde inquieta

Elaboro el dibujo mental de sus formas elusivas,
ya onduladas,
ya rectas.

Entrechoca con paredes, árboles y palos
encajados en el suelo.
Con lo que ante su fuerza rueda

—Saldamando anida en la tranquilidad—.

3

Un viento en su transcurso:
en el jaloneo que propone al mar;
a las montañas,
guardianes,
cercanas.

La gutural sinfonía dice al universo
otras posibilidades del sonido.

Si sabemos escuchar,
captaremos,
de otro lado,
la belleza de alaridos,
innombrables susurros,
reprochando mil cosas al pasar,
lo que le hace bramar,
enfurecer.

Sus mujeres,
que en tantos lugares encontramos
(casas, veredas, puntos comerciales,
sitios de reunión),
bellas,
a la hora de brindar su risa franca,
sencilla...

Rota la formalidad con la ciudad aparentemente dispersa,
las mujeres no descansan en la risa del optimismo,
la danza de los pasos libres,
la naturalidad de las ansias gastadas.

Acompañadas o solitarias,
deambulan por los pasillos de la compra-venta;
definen si habrá esperanza e ilusión tras las cosas
concretas...

6

Las miradas
dardos hacia el inerme blanco.

Puntas,
dirigiendo el acero de su lascivia.

Juego de espadas buscando un ardid,
la posibilidad del ensueño prohibido,
otra definición de la rutina.

Oh, Saldamando:
en cualquier punto,
lugar,
puede darse la aventura,

pero el ojo común,
anclado en el hastío,
sólo verá rutina...

8

Las confrontaciones.

El ataque directo al basamento establecido.

El sí y no que las noches y sus horas deciden.

Saldamando,

la imposible usurpación

de lo que se halla enfrente.

9

En la distancia,
la tarde es un morado que se aleja.

Tras edificios,
 árboles
 y palmeras
el sol reparte pedacitos de oro.

¡Un temblor al recordarte, Saldamando!

10

Mariposea el temblor de la ciudad
como dictando consignas;
disponiendo el altar de los ceremoniales.

Alza, a ratos,
la tranca represiva el viento,
y libre,
se arroja,
vitoreando por las callecitas limpias,
por las maltratadas,
doloridas.

A trasmano,
el quehacer agresivo de lo que no vemos,
deja la impronta,
la marca de lo que está y lo que pasa
(Tomo la esquina disidente de las ocho mentiras)...

11

La noche,
en sus momentos más altos o más bajos,
llama
 desde todas sus esquinas y lamentos.

A veces,
 casquivana y soberbia;
melancólica y grave en muchas ocasiones.

La noche de las vidas que vivimos;
la de las mil promesas incumplidas

(Saldamando, camino en desliz hacia la lluvia).

12

En un mes,
 pocos días
se dan las condiciones
para que termine la amistad construida.

(Saldamando ha ido alargando avenidas,
calles, callejones, veredas,
el tinglado donde jugar al ajedrez
ya no es tan fácil.

Va para el sur;
 al este,
intenta salirse al valle,
acercarse a las montañas)...

13

Dejará, por su lado, de llamarme,
ay Saldamando,
dejaré de buscarle.

La muralla que había antes de conocernos,
volverá con el silencio entre los dos,
por la distancia y su olvido.

No es difícil notar,
que en un mes,
pocos días,
se dan las condiciones para el fin de una amistad.

La ciudad,
su rutina,
nos aparta...

14

Pero mañana, un día,
olvidé la claridad de piel,
ojos de embrujo.

Pero mañana, un día,
tantas cosas...

Hoy sigues dentro,
reciclando ensueños.

Dice el reloj que hoy no llama
y es martes
—las mitades de enero—,
apenas,
sombra de la triste sombra,
luz de la extrañada luz,
hambre de la sed constante.

Que no llama...

Y enmudecen los bares,
se desmayan las flores,
retiemblan los volcanes...

Una noche llegará
—no quiero—,
fatal,
en que, calladamente,
me aleje de su vida,
sombra de la triste sombra,
luz de la extrañada luz,
hambre de la sed constante.

En la espera,
se va la magia de los ojos,
la prisa del cerebro,
la quintaesencia de los anhelos
coherentemente armados.

En el santiamén del rompimiento con la ilusión,
estrepitosas caen las usurpaciones
que soñamos hacer a la vida...

17

En la espera,
se ha de ir la magia entrada por los ojos.

Saldamando...
poco a poco,
se pinta de violeta el derredor caluroso.

Fue una palabra
una sombra
una idea en el ala del sombrero
la ilusión
esa noche de invierno
ojos y cabello que se volvieron humo
el hechizo de un vislumbre fugaz...

Bajará el sol hacia nosotros.
Dejará el oro de su miel en tus pupilas.

Como todo,
 adiós dirá al elegido día nuestro;
se rendirá con el acoso de la noche,
con tu sonrisa melancólica...
precisamente melancólica.

Ella viaja en las aletas de la nube,
en el azoro de las noches consternadas,
entre la crin y cola de mi alazán sediento.

Es viento,
matadura,
un desencuentro.
La soledad brotando de algún lado.

Siendo,
 que ésa es la dificultad,
lo demás puede llegar:
como durazno,
 miel,
pájaro tras la nube de los imposibles.

Siendo,
hasta tus ojos entenderían mis lentas miradas,
este inconforme ir y venir;
las pulsiones del corazón encadenado
que uso a diario,
para atender las horas,
las noches cerveceras,
 solitario.

Urdiendo.

Sin urdir.

Construyendo los pasos y la vida
en cuatro letras:

a-m-o-r

—habito el cuerpo de tus ojos,
la ilusión de tu sueño,
el rostro de los miedos
que te impiden hablar—.

Diciendo

a la noche las mentiras:
que no estás,
aunque estés.

Buscando el imposible.

Ir y llegar, sonrientes,
Puerto Saldamando;

conmemorar el encuentro
con la muerte de este día;
a pesar del reloj
y los callados caminantes
de nuestras vereditas urbanas.

Hasta donde el buen modo diga:
¡salud, amor,
mujer de inquietudes y preguntas!

Ir y llegar, sonrientes,
tal los condenados al olvido
o al pastel de cumpleaños)

Aferrado a sus posesiones,
ofrece lo que puede a las trampas inocentes
tendidas por nuestros ensueños.

Lugar extraño...

Puerto Saldamando.

Supe ayer que no estaba solo:
ibas conmigo en la nube,
el hambre, la tristeza.

Se alejaban tus ojos de mis pasos
y tu risa se perdía en las mil noches
de las cosas y asuntos realizados en común;
pero supe,
 ayer,
 que no estaba solo
en la ciudad del neón y los delirios.

Van perdidas
 las nubes
entre el cielo
y la traza irregular de las calles.

La ciudad,
 intermedia región,
acumula los gritos,
los llantos de costumbre,
la risa que produce tu alegre componenda
con árboles y pájaros.

Es la conformación del poema

—con la estricta regla de los universos
que en él equilibran sustancia y movimiento,
la ración de tiempo que le toca—.

es la estructura del texto que,
parido,
se enfrentara solo:
sin cuchillos
ni
títulos
nobiliarios.

Vestiré el claro manto de la vida,
cuando espere por ti.

Saldamando,
 en el amanecer,
lucirá cuerpo de rey,
ojos de astro,
cabellera turquesa en todas
las estampidas de sus olas.

Vestiré de risas el derredor completo,
los imaginados espacios;
tu risa, simple, llegará como primer aviso.

Trae, viento,
la gozada aurora de la roja cabellera,
para mi fiesta en los idus de marzo

—suspira, el mar, y tiembla,
inquieta en sus principios y confines
como un niño en espera de la feria—.

¡Trae, para nosotros,
el gozoso aleteo de tus ondas!

Cómo augura, el viento,
tu llegada,
cuando aún no te aviso
que espero en Saldamando,
el puerto de los grandes poemas.

Ha resuelto adelantar ansiedades y prisas,
el ulular espeso del que anida en jaula,
desesperado entre cadenas.

Cómo augura el viento
compañero de nuestros juegos imposibles.

Asumir,
 nada más:
allí está Saldamando,
un puerto en la ventura,
en el paso insidioso de los días.

Si ha estado allí,
si aún me espera,
debo aceptar que mi arribo
a sus playas se acerca.

De horizontes latos
te hablará Saldamando;
de las tiernas,
 humedecidas arenas,
de la soledad y el tiempo estacionado.

Sombras y sombras
de rocas y arbustos esperan,
el vibrar de las olas,
los tonos más extraños del sepia.

Busca el sosiego,
avanza al alero izquierdo de la tarde
—sus cárdenos y sepias y turquesas—.

El viento, ya gozoso,
Espera tu llegada sin prisa.

¡Estaciona tu vida un rato, aquí!

Emerge la ola,
la sombra de la roca,
la tarde.

El vertedero de recuerdos está listo:

arroja nostalgias suspicaces,
la azul melancolía de febrero.

Irás a Puerto Saldamando
a buscar la quietud.

Ya te esperan la brisa y las nubes,
aleteo de risas disfrutando el comienzo del juego.

Todo está preparado
para trazar las huellas en la arena...

ROSARITO BLUES

Francisco Morales

a Elizabet

Sin ser más,
ella dirá: “regreso”,
confirmación azul,
¿saudade?
Cosas así suelen pasar.

Ocurre, sí
(tanto se da con la mano vacía:
aire que pasas,
me has echado tu silencio)...

212

*

Me abro en dos ansias cruzadas,
aún caliente el vaho del anochecer;
los días a pausas y silencios,
por el ariete del gris y el frescor:
otoño en sus lindes primeros.

Halan de norte a sur,
de su estepa a mi desierto;
no hay modo de convocar al azoro,
del miedo es tiempo.

Ansias tras la ventisca de octubre.
Invadido por ella,
todavía.

Pasos
de otros ayeres
en visita.

*

(in memoriam, Falcao Morales)

Eh,
ya no tengamos hambre,
que tazas y cucharas, vacías acompañan
al aire entinieblado en la cocina
(limpia, la estufa;
amarillenta, la ventana).

Nosotros,
“pobres y aturcidas ratas”,
dijo Roberto Abril,
suspendido el requinto,
el pie sobre la silla descansado...

En la melancolía de la tarde,
pálido, el sol,
se va metiendo,
y las horas también,
en su melancolía nacarada.

Ya no tengamos hambre:
el viento se ha rendido a la tristeza,
el recuerdo a su nido
y el dolor a la fiebre,
¡al cabo que la noche ya se viene!

Soñando,
quizás olvidaremos el sabor del frijol,
de las tortillas,
y el silencio, cansado,
sumiso flotará en camisa hueca.

*

Mañana habremos ido,
vuelto.

Y, anillada, la tarde, a mi tristeza,
dirá que no estuvimos juntos;
el eco,
que jamás estaremos.

...Suave llegan las horas
a plantar expedientes de cansancio:
tendrán,
lentas, la tregua,
y con tantos silencios de nosotros,
ay, se irán a dormir despalabradas.

La noche,
con un rumor de grillos
y pitidos de carros,
también aludirá:
que no estuvimos cerca,
ni cuando los centímetros,
ni cuando los kilómetros.

Y el mar,
en estampida de azules y pelícanos,
no lanzará, en la bruma,
su feroz comentario.

Habremos ido y vuelto,
mañana;
y, anillada, la tarde, a mi certeza,
trivial repetirá,
que nunca nos hallamos;
el eco, que no nos decidimos.

¿No pusimos azúcar... hizo falta café...?

*

Aquí estamos,
comentando yo solo a mi yo mismo,
ante un sol y sus nubes de octubre,
divagando,

sin agua:
"no el inicio de un fin,
sino el comienzo de un principio".

Y habrase hecho:
la mañana, rotunda en su inocencia,
pudorosa corneja,
echara el vuelo siete veras,
hacia el desfiladero nomasito,
seguramente no fatal.

Ea,
cantan los tordos,
bordean los segundos con su muerte propia;
y aunque el tren del pasado no regresa,
ni el futuro amenaza...

aquí estamos,
la sombra de mi sombra y mi yo mismo,
tan apenas diciendo:
no el inicio de un fin,

sino principio
con sonrisas,
naranjas
y café...

*

...Y no desesperar:

seguro acudirán la luna y el amor,
el adiós y su tristeza,
la tarde y la noche,
la espera sin el beso,
las miradas y el ansia,
el silencio, la soledad, la pena.

Para qué interrogar
al reloj, al miedo, al hambre.

A los pasos:
 del pensamiento atados,
tras los hijos, los nietos, los hermanos.

A la ciudad, al mar, al sombrero.

A la mujer y la mujer y la mujer...

Para qué preguntar a las estrellas
a las nubes, al viento o al pasado.

Lo que viene,
 llegará,
 despacito...

*

Las palabras que armamos,
que dices,
dijiste.

Las que vendrán por aire,
en tren, en cartas;
sin angustia;
con flores y nubes.

Las que aún no mencionas,
ni sientes
—*amor, añoranza, llanto, adiós, olvido*—...

Las que te buscan,
y son para ti.

Las rechazadas.

Las que al fin aceptas,
y te han de hallar,
aunque te escondas.

¡Oh, esas extrañas,
imprescindibles!
Las que te hablan de mí,
o te alejan.

Mis palabras.

Que alguna tarde,
acaso,
en algún bar recordarás...

*

“Fui pasado...”
“Mañana es otro día...”
ha dicho Vallejo.

Traslado su nostalgia
a mi costa fría de noviembre;
y aún,
 la calle descifrada,
con ternura de lunes,
muestra sus aires,
las mil puertas rojas.

El pasado, lineal asoma,
subrepticio, cándido, golpeador;
y el futuro,
 mal armado,
promete lo imposible:

solos nos fuimos quedando,
con las sombras propias...

Ya lo veras:
 un día
—¡plana la maravilla de las tardes!—,
de manera causal,
 lenta es la risa,
vaso con vaso estaremos
si lo buscamos tanto!

*

El paso de los días,
cruces al calendario,
diciembre y sus mentiras;
aquí no duerme ausencia.

Horas tan absolutamente nuestras
—tránsito obsceno
de anocheceres y alboradas—,
dejan lo extraordinario y el asombro:
nubes magenta, púrpura, cobre;
brisas, cantidos, ayes;
ríos laargooos,
de sangre,
la danza del olvido:
aquí no ladra ausencia.

¡Arco ha de haber,
babilónico,
heterodoxo arco,
para abrir el alma insurrecta,
océanos de hambre y sed!

Aquí no llora ausencia...

*

Ha pasado el atardecer.

Envuelven los suspiros,
las mentiras,
los sueños infundados que podemos armar,
ingenuos, todavía.

Cómo,
junto a la excelsa geometría de la calle,
sus paredes y sombras,
devinimos lejanía y silencio;

cómo también cantamos,
perjuramos, nos decimos cosas;

y cómo nos huyen, tercas,
ciertas nubes rosas,
los pasos que nos miden.

Hemos de soltar, aún,
a otra navegación,
la risa;
la bienaventuranza del llanto.

Cómo han ido, los días,
a su correspondida historia.

¡Ah cómo...!

¡Pero no está la luna sonrojada!

*

Como fue.

Con el paso asalariado de otro tiempo,
ávido, procaz o defendido,
más el ensueño y magia
de mil tardes y noches tan vividas.

Como fue.

Con el fardo omnipresente de la angustia,
con el absurdo de la risa a cuestras,
malestares, fiestas, ciudades;
amigos, navidades, familia.

Como fue,
ya pasó.

No le haremos altar cotidiano de rencor:
normal, llega el invierno;
suave,
la lluvia;
la luna en su camino...

¡Corazón estrujado de melancolía:
tienes a tu favor, aún,
la soledad, el mar, las estrellas!

*

Pero, naturalmente,
era en el bar la ceremonia;

y en el café, los ojos;
la intención meliflua en las miradas.

Todo va así,
defenestrado,
al preciso lugar de su ansia;

y ahí estás,
en el día que se mueve:
"os he dado el amor",
la quintaesencia,
la definitiva concesión del ego:

tras lo aromático;

desde lo infinito en espiral renacido.

Pero, naturalmente,
nada para mí,
"os he dado el amor"...

Del bar,
la ceremonia vespéral, dije.

*

En tu sexo...
con un sentimiento.

Y en ese pensar,
subir, bajar nubes,
fatalidades y universo,
la quimera en traje de armiño.

En tu sexo,
yendo del añorar al resistir
—*las ojeras cuidan miradas
de melancolía y saudade;
el estruendo marino dialoga
con la tarde acuchillada por
verdeoliva y ocre resueltos*—.

¿Dónde se esconderán mis duermevelas...?

Han de venir huyendo de otros aires
los suspiros.

¡Pasma y maravilla en la espera!

*

Cual mi explicación.

Trece,
y falta un mundo para ser enteros.

Uno, dos, tres y ha sido:
el paso, los golpes,
los decididos adioses y su rumia de culpas
—*oscuros, rondadores buitres*—.

Cual mi explicación.

Ahí está el absurdo. La irónica presencia
del hambre y su furia.
El desencanto, pues las palabras no logran concilio;
aunque no dice todo
lo terco del dios que cada uno puede ser.

Pero ahí estamos,
llama y viento en un país denominado Silencio.

Sombra, asombra.

Llegados de un mar entero de silencio;
de la nada, y a la nada volver
—hemos arrinconado la dicha:
en el aire árboles,
palomas,
el sinfín de nubes—.

Conscientes de la oscura cerrazón de la quimera;
abiertos a los días sesgados.

Violando el contratiempo:
nos indica la regla,
el andar correcto,
la ternura plausible del instante.

Así, los pasos al descaro del ensueño,
a la página azul de la palabra nueva,
a la inocencia de llenar el corazón vacío.

Sombra a sombra.

*

(a Federico Campbell)

Fe en que soy;
vengan las desalmadas horas,
el obispo, los zorros del congreso;
breves, pero aquí estamos:
preparan las mañanas cautiverios.

Fe en que soy,
a penas;
brinda por mí, mañana de febrero,
la querencia de apetecibles días,
el sip sap de murmurantes olas
—*suspiro por las solas*—:
lo rancio del pasado y su basura.

Fe en que soy, risada;
alpiste mañanero, pajaritos;
dónde lloran los ojos que me extrañan;
los centinelas hurgan los caminos.

Fe en que soy,
palabra:
mañana tú me explicas, me despides.

*

Del centro ya me alejo,
y de tu sombra:
grandioso levantamos un ensueño.

Del unicornio y la sirena a medias,
queda sólo una tarde circunspecta y amable
en el punto más alto de la melancolía.

Del centro a tus esferas, a tus almas,
nubes, cuervos y viento han compartido
tus sollozos y cantos,
mi nostalgia:

¡ay viejo el día en que te hallé, misterio;
ay el suspiro que hoy te despide, largo!

Del centro y tus esquinas, tus abrazos;
las cosas bellas que nunca prometiste;
las cervezas, el vino, las caricias furtivas.

¡Del centro de tu centro me regreso!

*

Entre mi dónde, entre mi cuándo,
y aún La Nana:

cavilando en paredes de silencio,
en la olla de los pensamientos sin voz
que bajan a la mudez del instante avaro

*(“cuentan, las horas, sus minutos segundos,
sus segundos terceros:
esperando a Vallejo, a Trilce,
a los Heraldos de nuestra excarcelación”)...*

Suben, así,
escaleras de asombro,
gaviotas platinadas,
la menor importancia a la primera plana de los
diarios;

y entre mi dónde y mi cuándo,
susurro anatemas a volcanes y rocas,
al político en su soberbia,
al cristo que hoy tampoco hace milagros...

¡Días atravesados a la más fiel de mis sombras!

*

Ya no hay un dónde
y la tarde se ha puesto comedida...

¡Un lente para llegar a ti,
a la cama en que oscila tu equilibrio;

¡Cómo estará la lluvia de tus ojos,
la piel que llevas malquistada,
el azúcar mercenario del estremecido corazón!

Jueves tan santo como la primera red.

Justo como la piedra que un día lanzaremos:
¿habrá en tu desván
lo que llamamos entelequia de amor,
mi crascitar que se encuentra perdido?

¡Ya no hay un dónde, un cuándo, vendaval!

*

De tan quedarnos,
me voy, solo,
 charlando a todas partes,
como si fuera viento;
y tú, en la madriguera del olvido
menoscabas las risas,
 las ansias,
el día en su pasar:
 pospones.

De tan quedarnos,
voy llegando a mi centro paralelo,
y la misma palabra me dice con sarcasmo,
tu retorno a mis mares y silencios,
sombra ubicua,
 certeza.

De tan quedarnos,
 camino ensimismado:
a suspiros divago,
a displicencias,
 a susurros y gritos.

De tan quedarnos,
no estoy, ni estás...
 lejos nos fuimos.

BET SABE LA DESPEDIDA

(2009)

.....
Francisco Morales

a Betsabé

“¡Adiós, también, me digo a mí mismo...”
César Vallejo

Acróstico

Bella, otra vez lo digo:
Espero que no vuelva a perder el poema.
Toneladas de felicidad, su vida.
Suspira y ensueña, candorosa.
Azules, rojos, sus días.
Brinda alegría a todos.
Es quien, sonriente, me sirve el café.

Ahora son quince,
mañana, dieciséis;
más adelante, cien,
los años que ha de cumplir.

Dieciséis sonrisas de sandía,
¡oh!

La tarde se sonroja;
el día baila entusiasmado.

Cabe en el poema tu nombre,
le da luz y color.

Cuánto te dará la vida,
cuánto te ofrecerá,
¿has pensado?

Los días y las noches,
alegres,
vienen en tu búsqueda.

Las tardes te sonríen.

Reír y llorar es la vida.

¿A dónde vamos
desde este rincón del tiempo?

Hermosa:
risa y cantos por la vereda.

Ahora celebramos tus días.

Desde mi mesa te veo reír:
llevas la paz y el asombro
de los escasos años:

cruzas entre las flores
con las nubes viajeras.

Desde aquí te veo pasar,
en la curiosidad.

El café y su embrujo me acompañan.

Allá vienen tus días:
rojos, amarillos,
verdes, rosados, largos.

Te buscan con la prisa habitual
de sus 24 horas.

Su reinado dejará,
mucho después,

dichas,
nostalgias,
penas...

Ahora,
conmovido,
percibo,
cuánto se estremecen
tan sólo con llegar a ti

¡Oh días inolvidables del presente que escapa!

Mira la vida
que pasa
cons...tan...te...men...te...

Frente a ti:
los niños en sus juegos,
las mujeres entre sus ansias,
los hombres y sus recuerdos.

Mira el mundo que te rodea.

¡Cuando menos pienses,
habrá cambiado
y sólo te quedarán imágenes
suspiros,
añoranzas!

Mis ojos,
que casi llegan al verde,
han grabado,
además de tu rostro,
fresnos,
bancas,
sombreros,
niños en el juego.

Ésa que eres no siempre serás
(tu cara entre oscuridades,
lozanías, asombros),
pues vendrán otros vientos,
pájaros, nubes somnolientas,
a buscarte.

En el poema hemos atrapado
las imágenes que nos asocian
a ti,
 al tiempo veloz y alegre
que pasa
 por este cruce de caminos.

Un poema es palabras y palabras,
para grabar los momentos bellos,
y los tristes,
los sentimientos,
las más indescriptibles delicias.

“Parque Hidalgo”, de hombres solitarios,
mujeres riendo,
seres esperanzados.

Tardes que pasan despacio,
envueltas en la pereza,
en el ritmo lento de los minutos.

Tardes en que bebo café...
y escribo.

Estamos fuera del sueño.

Compartimos los días en la coincidencia.

Juntos disfrutamos el azul del cielo
el canto de los cuervos,
el cruce de las nubes.

Sin tristezas
ni grandes dolores,
las sonrientes tardes
vienen y se nos van.

El tiempo es de reír.

Amiga de los quince años,
no te vayas muy lejos.

Sabemos que un día
volverás a tu puerta,
a la banca florida
de los atardeceres azules.

Te esperará la brisa,
los músicos,
los enormes fresnos,
el ir y venir de la gente
por los alrededores.

Amiga de los quince años,
no te vayas muy lejos.

Permanece cerca de nosotros,

Los que te queremos,
alegres cantaremos
en el ceremonial de tu danza.

Para entrar al embrujo de la vida,
puede ayudar una taza de café.
Con él atraparemos la alegría
y la nostalgia, al mismo tiempo.

Entrar a los dieciséis años
es la gran aventura,

¿Qué podríamos hacer,
para celebrar con tu sonrisa?

Edad dorada:

sueños de colores,
mariposas de ensueño,
nubes para flotar y jugar,
proyectos detenidos en el aire,
pasteles y confeti,
carcajadas.

¡El tiempo que ahora vives!

¡La luna y el sol en tus manos!

En el aire vas
en la música
en las veloces nubes
en la barahúnda de las calles
en el entusiasmo del amanecer
en los cantos del gallo
en la luna silenciosa.

La tristeza,
 desconocida;
el tiempo,
 florido,

la quimera al pie de la montaña azul.

Las palabras. Para nombrar
las cosas. Para decir el tono
de los días.

Para
enumerar
las partes
de
la belleza.

Para el relato de la dicha
y la tristeza. Para
acompañarte hasta en
los sueños...

¡En la calle,
en el mar,

en todas
partes,
junta
palabras
El Poeta,

para
felicitar!

Acróstico

Estás en el centro de tu mundo.
Brillan las miradas.
Adiós decimos, contentos.
Siempre recordarás este tiempo.
Todos te apreciamos.
Eres feliz y nos contagias.
Busca tu estrella azul hasta encontrarla.

Índice

I	PARQUE HIDALGO	6
II	CORREO DEL HOMBRE GRIS	72
III	CUADERNO DE IRAK	116
IV	PUERTO SALDAMANDO	170
V	ROSARITO BLUES	210
VI	BET SABE LA DESPEDIDA	234



Francisco Morales

Escritor y pintor tijuanense. Ha publicado la novela “Póker del hombre triste en la tarde azul”; el libro de cuentos “Es el adiós, Johnny Weismuller”; los libros de poesía “La muerte adentro, al lado, conmigo”, “La ciudad que recorro”, “Amanecida”, “Desencuentros del blues de los amores”, “Poema del mesón”, “Desolado amor”, “Tijuana tango”, “San Ysidro Zone”, “Ítaca”, “Circa 2004”, “Vasta, informal manera de decir Acteal”, “Cruza un río de nostalgia por Avenida Juárez”, entre otros títulos.

Nombre del cuadro: "Rosarito Blues" (2020) por *Francisco Morales*.

Foto de portada: *Armando González de la Fuente*

Foto del autor: *Rocío Hoffmann*.



**BAJA
CALIFORNIA**
— GOBIERNO DEL ESTADO —



SC
SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA

